Blanca Doménech Casares

Vagamundos

PREMIO DE TEATRO CALDERÓN DE LA BARCA 2009

BLANCA DOMÉNECH CASARES
(Madrid, 1976) es licenciada en Dramaturgia y Ciencias Teatrales por la Real Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid.

Desde sus comienzos profesionales ha estado relacionada con el mundo del teatro y la televisión, un campo en el que ha trabajado como guionista en las series *Manolito Gafotas, Geniales* y *Panteras grises.*

Ha residido en la isla de Menorca durante cuatro años (2005-2009) lugar en el que ha colaborado activamente con el Círculo Artístico de Ciutadella participando en sus actividades como ponente en torno a la figura de Samuel Beckett, profesora de las II jornadas de Teatro y como lectora del Jurado del Premio Borne en las ediciones 2007 y 2008.

Su primera obra teatral *Eco* fue publicada por Editorial Fundamentos (2001); sus relatos *Plaza de la Libertad* por la Revista Mercasa (2005) y *Poemas arrugados,* finalista del Premio de Narración Corta Isla de Menorca, publicado por la Editorial Menorca S.A. (2007). Ha escrito también los artículos *El Premio Borne* (2007) y la reseña de la publicación del premio Maria Teresa de León para la Revista Acotaciones.

Actualmente trabaja como colaboradora en la Editorial Santillana.

Vagamundos

Blanca Doménech Casares

Vagamundos

PREMIO DE TEATRO
CALDERÓN DE LA BARCA
2009

Centro de Documentación Teatral

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE CULTURA

Primera edición: abril 2010

© Blanca Doménech Casares, 2010

© *Del prólogo:* Eduardo Pérez-Rasilla

© *De la presente edición:*
Centro de Documentación Teatral
Torregalindo, 10. 28016 Madrid

Diseño, maquetación y preimpresión:
Vicente Alberto Serrano [estilográfico]

Foto de cubierta:
© Alex Vargas García

Impreso en España - Printed in Spain
A.G. Luis Pérez, S.A.

Dep. Legal: M. 18.648-2010
I.S.B.N.: 978-84-87583-98-8
NIPO: 556-10-033-5

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, incluido el diseño de la maqueta y la cubierta, su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

A mi madre

Gracias:
A Rubén, compañero y apoyo en este viaje.
A mi padre, por enseñarme a amar el teatro.
Y a mis queridos amigos Pilar, Belén, David, Pedro, Isabel y Paloma.

PRÓLOGO

Las islas son espacios propicios para el mito. La literatura ha recurrido con generosidad a estos territorios para situar en ellos a unos seres que representan algún tipo de diversidad o de rareza respecto a los modelos que imperan en las sociedades de referencia o que encarnan la posibilidad de una utopía. Quizás arribaron tiempo atrás como consecuencia de un naufragio, de un castigo, de un capricho de los dioses. O acaso alcanzaron sus costas como fin o etapa de un apasionado viaje de amor, o como una huida de una sociedad que los repudiaba o asfixiaba sus ilusiones o sus deseos y encontraron en la isla el espacio para construir sus fantasías o, simplemente, para expresar su disconformidad con algo o con alguien. O moraban ya en ellas, desde tiempo inmemorial, ajenos a otros espacios y a otros modos

de vida, huraños y temibles, o heridos en lo más profundo de su ser.

La literatura ha empleado también las islas para enviar a ellas a hombres de fortuna o a gentes candorosas que mirarán con extrañeza cuanto les acontezca en aquellos acotados espacios de excepción o de maravilla. Algunos de estos seres extraerán valiosas lecciones de su experiencia isleña, otros, por el contrario, se reafirmarán en sus viejos e inamovibles prejuicios, desdeñarán la eventualidad de lo otro y regresarán a su rutina satisfechos de haber encontrado la salida del infierno. Sin embargo, nunca conseguirán ser los mismos que fueron. La isla exige el viaje, intencionado o sobrevenido, pero necesariamente azaroso, y esa acción iniciática no puede ya repararse. A su pesar, algo de ellos permanecerá para siempre en la isla y la parte que retorna estará irremediablemente contaminada por aquello que quisieron evitar.

La literatura griega encontró en las islas, sus islas, el ámbito idóneo para imaginar tantos de sus mitos y la literatura posterior ha seguido con placer la ruta que los maestros helenos trazaron. Tampoco el teatro ha sido ajeno a estos viajes. La tragedia *Filoctetes*, de Sófocles, una de las más inquietantes y hermosas, que siglos más tarde han revisado dramaturgos como Alfonso Sastre o Heiner Müller, ofrece uno de los primeros jalones de este trayecto, que pasa por *La tempestad*, de Shakespeare, no menos enigmática, y que llega al teatro contemporáneo con obras como *Los ciegos*, de Maeterlink, *En alta mar*, de

Mrozek, o *La caverna*, de Sirera, por mencionar tres textos que exploran de manera muy diferente las posibilidades de la isla en la acción dramática.

El tiempo tiene también islas –así titulaba Antonio Fernández Lera una de sus obras: *Las islas del tiempo*– a las que nos conducen o nos arrastran los avatares de la vida. Períodos que permanecen en la memoria del viajero de la propia existencia como ciclos de descubrimiento o de revelación, momentos más intensos en el aprendizaje o en la experiencia, etapas que mantienen en el recuerdo perfiles nítidos, pero que se alejan paulatinamente en el tiempo.

Hace ya algunos años, cuando ejercía como profesor en la RESAD, tuve como alumna a Blanca Doménech. Formaba parte de una promoción de estudiantes de dramaturgia de la que recuerdo su exigencia intelectual, su sagacidad analítica, su inquietud teatral y su espíritu crítico. Conservo un grato recuerdo del grupo, aunque no ignoro que su estancia en la Escuela pasó por momentos de tensión y de dificultades. El recorrido que requiere el aprendizaje de los estudiantes de teatro no siempre es plácido. Sin embargo, tuve ocasión de compartir con aquellos alumnos lecturas, charlas y experiencias que en mi memoria se me representan placenteras y enriquecedoras. De Blanca recuerdo su manera de mirar, su actitud curiosa y admirada, su humor entrañable y crítico, propio de una persona muy joven e inteligente que buscaba, tenaz y serena, respuestas para todo aquello que se le proponía y para lo que sucedía a su alrededor, que no

debía de ser fácil de asimilar. Quizás era, ya entonces, viajera a una isla poblada de seres en busca de sí mismos, de biombos y de espejos, de náufragos y de utópicos.

Después, cuando terminó la carrera, hablamos en alguna ocasión, casi siempre por teléfono. Tuve algunas noticias de ella, no muy precisas, ni muy frecuentes. Supe de su estancia en la isla de Menorca, que creo adivinar en algunas escenas de *Vagamundos*. Hace apenas unos meses, un amigo me comunicó por correo electrónico que Blanca había obtenido el premio Calderón de la Barca. Me dio una gran alegría, porque me pareció que aquel premio reconocía también el sentido de una amplia labor desarrollada por la autora merecedora del galardón, pero también de muchas otras personas: sus compañeros, sus profesores, la institución en su conjunto. No disponía ya del teléfono o de la dirección de Blanca, por lo que le pedí a quien me había comunicado la buena noticia que le transmitiera mi felicitación. Pero los retornos a las islas son tan inesperados como posibles. Unos días después, en un itinerario urbano apresurado, reconocí a Blanca. Nos saludamos, sorprendidos del encuentro casual en un lugar poco isleño, pero con cierto carácter de encrucijada, lo que también tiene su tradición teatral. No pudimos hablar mucho tiempo, porque a los dos nos apremiaba algún quehacer, pero sí lo hubo para la felicitación, para expresar nuestro contento por vernos de nuevo, y para intercambiar direcciones. Casi sin dar tiempo al correo, me llegó una copia de *Vagamundos*, la obra con la que Blanca Doménech Casares había obtenido el premio

Calderón de la Barca. Su autora me pedía, gentilmente, que le expresara con franqueza mi opinión sobre el texto.

Lo leí con avidez. Me atrajeron –y así se lo dije en un correo– , la belleza del lenguaje, la potencia de algunas imágenes y situaciones, los personajes y sus enigmas. Veía yo en *Vagamundos* a una escritora con cosas que decir y con un mundo dramático propio, aunque no estuviera exento de influencias o, mejor, de resonancias que procedían de lecturas diversas y de un acervo cultural amplio. Ahora, tras leer de nuevo la obra, con mayor sosiego, las influencias o, mejor, las resonancias, se me desvanecen y se me multiplican, como le sucede a Max, el protagonista de *Vagamundos*, con las imágenes proyectadas en los espejos, con la (semi)ocultación que provoca el biombo o con los recortes que deben reconstruir una verdad cada vez más alejada e imposible descubrir. El texto y los personajes convertidos en enigma, como quieren algunos de los dramaturgos más ambiciosos de finales del siglo XX y comienzos del XXI. Pinter, por ejemplo. O Sanchis Sinisterra.

Valoré otras cosas. El texto me había gustado mucho. Me permití también hacer algunas sugerencias. Ya se sabe que los críticos y los profesores nos tomamos esas libertades con alegre despreocupación. En mi descargo puedo decir que Blanca me había pedido que fuera crítico en mi lectura. No debieron de molestarle demasiado o, al menos, supo aceptarlas con deportividad. En un rasgo de generosidad me invitó a que redactara el prólogo para esta edición. En esta tarea –placentera– me encuentro.

Vagamundos, como todo texto teatral que se precie, resulta incómodo e inquietante, dispara sugerencias, propone enigmas que no se molesta en resolver. No se agota en una única lectura. La isla, inhóspita y acogedora a la vez, compendia tantas islas literarias y geográficas, sin reducirse a ninguna de ellas. Su anverso es mítico y la sitúa fuera del intercambio mercantil entre los hombres: sus habitantes desprecian el dinero, los aparatos eléctricos no funcionan, porque alguien cortó las conexiones, los barcos pasan pocas veces o no pasan nunca por la isla. Su reverso es concreto, casi hiperrealista, con sus albóndigas en conserva y sus vasos de ginebra, bebidos con profusión, o con sus recortes de periódico, sus muebles decadentes, su porche, su mecedora y su hamaca. Anverso y reverso construyen una isla laberíntica –nueva reminiscencia clásica– de la que no es posible salir, pero a la que llegan evanescentes personajes: ¿Seres míticos? ¿Hippies en busca de un paraíso inexplorado? ¿Vulgares turistas en busca de sol y playa?, de cuya suerte poco o nada sabemos, excepto que uno de ellos, paradójico Prometeo, cortó las comunicaciones de la isla, la segregó de la sociedad de los humanos.

Max, el protagonista es un personaje poliédrico, tanto porque cabe sospechar que su hermano (¿sus hermanos?, ¿los otros?) no es sino una proyección de sí mismo, como porque reúne rasgos de héroes diversos, entre los que cabe recordar a Ulises, viajero por las islas del Mediterráneo en su decidida pero confusa búsqueda que lo lleva a convertirse en huésped y en enemigo de los habitantes

de los lugares a los que arriba y que se ve obligado a arrostrar dificultades y peligros. Pero, asomado a este mundo de recuerdos y de falsificaciones, de seres entrevistos y perdidos, remite también al personaje de *La invención de Morel*, de Bioy Casares. O a tantos náufragos literarios más o menos ilustres. Y también, lejos ya de la mitología clásica, al ajetreado triunfador contemporáneo que se ve en la necesidad de huir a un lugar exótico o desértico para reencontrarse consigo mismo o con lo (los) que hubo de abandonar como precio para pagar su éxito económico, político o social.

El nombre de Diana remite a la versión latina de la diosa Ártemis, con la que el personaje presenta alguna semejanza, y cuya dignidad y orgullo parecen alejarla de la frágil condición mortal. Estas semejanzas serían extensibles a Oliver –¿Su amante? ¿Su hermano? ¿Su protegido?– que recordaría a Virbio, el Hipólito resucitado por Asclepio y acogido por Ártemis. Pero Oliver podría ser también Lucas, el hermano de Max, quien parece existir en dos mundos paralelos. Y Diana, que puede ver a través de un solo ojo, evoca además al cíclope de la Odisea, guardián de su isla y herido por Ulises, aunque la sangre aquí brote del ojo del no menos extraño personaje de Jimena. También la sangre acompaña en su primera presentación a Samuel, con su delantal de matarife y su cojera de un Hefesto fraternal y escurridizo.

Los biombos ocultan y los espejos multiplican. Las comunicaciones están cortadas. Hay tempestad y los barcos no atracan en la isla. ¿Atracaron alguna vez? Nadie

reconoce a nadie. Las identidades son cada vez más dudosas y las rocas, como Escila y Caribdis, tienen vida propia y aterrorizan con sus silbidos. Como en las obras de Beckett o de Pinter, nunca sabemos si los personajes quieren marcharse o prefieren permanecer en un lugar inhóspito. También el lector (espectador) se contagia de la confusión, que, en este texto dramático, resulta gozosa.

Nunca he formado parte del jurado del premio Calderón de la Barca. Ignoro si es un jurado estable o si cambia en cada convocatoria. No me he tomado la molestia de averiguar quiénes lo constituyeron en esta última edición. No tengo idea tampoco de cuáles son los criterios que manejan para fallar el premio ni qué otras obras se presentaron al acreditado certamen. Pero sí he constatado que las obras premiadas en los últimos años (los que ahora recuerdo) tienen una calidad que las hace merecedoras de un galardón teatral. *Vagamundos*, de Blanca Doménech, tiene sitio en la prestigiosa relación de textos reconocidos por el Calderón de la Barca. Le deseo, y también le auguro, un prometedor trayecto por los procelosos mares del teatro español. La isla a la que quiera arribar queda a su criterio.

Eduardo Pérez-Rasilla
Universidad Carlos III

VAGAMUNDOS

Personajes

OLIVER

DIANA

MAX

JIMENA

SAMUEL

"Espesos los caminos de su mente
y sombríos se extienden,
inexplicables a cualquier mirada".

Esquilo,
Las Suplicantes

I

LA BÚSQUEDA

El porche acristalado de un refugio con aire decadente. Mesas y sillas. Algunas de ellas plegadas, amontonadas contra la pared. Una mecedora y una hamaca. Un tocador y una pila de fregar con accesorios de aseo.

La estancia se funde con una sala de estar redonda, cuyas paredes están forradas de recortes (fotografías, imágenes de revistas, ilustraciones, noticias…). Una escalera de caracol y un biombo plegado, con espejo.

En la penumbra distinguimos dos figuras situadas en la zona del porche: OLIVER, echado en la mecedora, balanceándose a ritmo lento y mecánico, produciendo un sonido oxidado; y DIANA, casi imperceptible, situada en un rincón oscuro, sentada frente al tocador, con la mirada fija en el espejo.

Una noche de invierno.

OLIVER.- ¿Has oído eso?

Silencio.

OLIVER.- ¿No lo has oído? Un silbido. Un silbido en la lejanía. *(Pausa)* Otra vez. Otra vez ese silbido hueco. ¿Lo oyes?

DIANA.- No.

Silencio.

OLIVER.- El sonido se repite una y otra vez… Una y otra vez. Es chirriante. Crujen las rocas… Chocan unas con otras. Demasiado juntas unas de las otras. *(Pausa)* Un silbido en la lejanía. El viento se ha detenido de pronto. Se produjo un enorme torbellino de aire compacto y, al momento, hubo una parálisis total. Salí un instante. Quería analizar la densidad de esta noche. El toldo de la carnicería… No se movía… ¿Comprendes? No hacía el más mínimo movimiento. Parálisis total. Y ahora… *(Pausa)* ¿Lo has oído?

DIANA.- ¿El qué…?

OLIVER.- El ruido.

DIANA.- No. *(Silencio)* No.

OLIVER se acerca hasta DIANA. Enciende una vela. Como consecuencia se produce un reflejo de luz en el espejo del tocador. Un reflejo que se expande por el porche y que parece apuntar hacia todas direcciones, hasta finalmente resaltar la imagen de DIANA en el espejo y un último brillo que se deposita en su ojo derecho: un ojo de cristal. La escena recobra la luz baja. OLIVER se coloca tras ella, apoya las manos sobre sus hombros. Se miran a través del espejo.

OLIVER.- ¿Has escuchado…?

DIANA.- Escuchar… ¿Ahora?

OLIVER.- Te he hablado de un sonido. Estoy diciendo que algo no funciona como de costumbre. Se trata de un sonido nuevo. Un sonido nuevo. Nunca había escucha-

do ese crujir de rocas. Se pegan unas contra otras y el viento está paralizado. Algo no funciona como de costumbre.

DIANA.- No me aprietes.

OLIVER.- Te he dicho que algo extraño está empezando a ocurrir.

DIANA.- No me aprietes.

OLIVER.- El aire está cargado de densidad. El toldo de la carnicería paralizado.

DIANA.- Suéltame.

OLIVER.- Algo extraño comienza a desvelarse. Mis tripas lo dicen. Mis tripas se retuercen. El toldo de la carnicería…

Silencio. Sus miradas se cruzan a través del espejo. OLIVER retrocede y se coloca de nuevo en la mecedora. Cierra los ojos. Al tiempo, DIANA se incorpora.

Silencio.

DIANA.- Cuando te fuiste. *(Pausa)* Aquella vez. Hace años. Diez o nueve años. Diez años. Desapareciste un invierno entero. Nadie sabía si volverías o no te veríamos nunca más. Eras un chaval, como quien dice… Pero luego… Ese día nublado. El cielo estaba oscuro, negro reluciente, increíblemente negro. Traías la cara empapada en sudor. Te caían gotas por el cuello. Ese invierno… Nadie creyó que volverías. Eras uno de esos que desaparecen para siempre. Un rostro que se va difuminando

con el tiempo. Nos acordamos de la gente a la que nunca más volveremos a ver en los momentos más inoportunos. Aparece su imagen como un relámpago de luz y se desvanece al instante. Nadie pensó que volverías.

OLIVER.- Aquí estoy. Sin embargo, ellos…

Silencio. DIANA retrocede de nuevo hasta el tocador. Se sienta. Fija la mirada en el espejo. Se inspecciona el rostro. OLIVER comienza a moverse en la mecedora a un ritmo nervioso.

OLIVER.- ¿Qué pasó ese invierno?

DIANA.- No pasó nada.

OLIVER.- Quiero decir, ¿por qué…?

DIANA.- Nada.

OLIVER.- Muchas veces. Cada vez que se menciona aquel invierno. De tanto en tanto… Da la sensación… Quiero decir. Es como si algo hubiera sido arrasado por completo aquel invierno. Algo fundamental murió y ni siquiera fue enterrado. Quedó suspendido en el aire como un gran interrogante.

DIANA.- Nada.

OLIVER.- Y entonces… ¿Qué fue…? ¿Qué pudo ocurrir…?

DIANA.- ¡Nada!

Silencio.

OLIVER.- ¿Por qué has hablado de ello?

DIANA.- ¿Por qué…?

OLIVER.- Para qué.

DIANA.- No me hables así.

Pausa.

OLIVER.- Un invierno como tantos otros. Un invierno más. Meses vacíos como un tiempo estático. Parado en medio de este trozo de tierra rodeada de mar. Rocas puntiagudas, viento depredador, un silbido tras la ventana, un gemido a media noche. Un invierno sin mi presencia no pudo ser malo.

DIANA.- No fue malo.

Pausa.

OLIVER.- Para mí tampoco. De alguna manera pude reafirmarme en… Llegué a la conclusión de que… Debía quedarme aquí. Debía quedarme confinado a este trozo de tierra en medio del mar. Perdido a la deriva sin más que este trozo de piedra en medio del mar.

DIANA mira tras los cristales. Queda unos segundos erguida, con el gesto de hielo. Al momento, se tumba en el suelo y, repentinamente, comienza a reír a carcajadas.

DIANA.- Nunca te fuiste. Estuviste escondido en algún rincón de esta isla. Escondido durante meses en algún rincón.

OLIVER.- ¿Por qué dices eso?

DIANA.- Te vi… Una noche pude verte caminar por el sendero. Ibas completamente perdido. Terriblemente distante.

OLIVER.- No era yo. Seguramente era… era él… Él.

DIANA.- ¿Él?

OLIVER.- Apuesto a que era él.

DIANA.- No era él.

OLIVER.- Apuesto a que sí.

DIANA.-¿Te refieres a… ellos?

DIANA, todavía tumbada en el suelo, adquiere una extraña postura. OLIVER se incorpora de un salto. Se acerca a los cristales. Inspecciona el exterior con mirada inquietante.

OLIVER.- Shhhhhhhhhhh…

DIANA.- ¿Te refieres a ellos?

OLIVER.- Escucha. ¿Has oído eso?

DIANA.- ¿El qué?

OLIVER.- Alguien viene.

DIANA.- ¿Cómo?

OLIVER.- Viene alguien. Oigo sus pasos entre los hierbajos. Escucha. Escucha… Eso es. Pega zancadas contra el suelo. Camina pegando grandes zancadas. Pisotea el suelo.

DIANA.- No oigo nada.

OLIVER.- Está a la vuelta de la esquina.

DIANA.- No oigo nada.

OLIVER.- Schhhhhhh….

Tras la cristalera del porche se divisa una figura. Su silueta dibuja el semblante de una gran presencia. Por unos minutos queda estático frente a los cristales, tratando de divisar el interior.

OLIVER.- Ahí lo tienes.

OLIVER se dirige a la puerta. Al tiempo, la figura comienza a inquietarse y se mueve de un lado a otro. DIANA se levanta de un salto y se coloca de nuevo sentada frente al tocador, con la mirada fija en el espejo. OLIVER abre la puerta. Se encuentra cara a cara con MAX. Quedan unos minutos en silencio mirándose fijamente para escudriñar si uno representa una amenaza para el otro.

MAX.- *(Quitándose el sombrero)* Buenas noches… Quiero decir… ¿Podría dejar la maleta sobre este…?

OLIVER.- Una maleta de nivel. Hacía tiempo que no veía una cosa semejante. Más bien… Creo que es la primera vez que me topo con una maleta de este tipo… *(Comienza a inspeccionar la maleta)* ¿Qué material es éste? Jamás había visto una cosa así… Mmmmm… estupenda.

Pausa.

MAX.- Mi maleta… por supuesto… una de las mejores. ¿Podría colocarla sobre este…?

OLIVER.- Claro. Colóquela donde quiera. Faltaría más.

Pausa.

MAX.- Se lo agradezco.

Pausa.

OLIVER.- ¿Y bien?

MAX.- Busco un lugar donde hospedarme… En fin… ¿Es aquí…? Unos pescadores me advirtieron que… en esta época del año sólo encontraría un hostal abierto… Una pensión o un hostal…

OLIVER.- Lo llamamos refugio.

MAX.- ¿Refugio?

OLIVER.- Refugio.

MAX.- Es el único…

OLIVER.- El único.

Pausa.

MAX.- Llevo horas caminando por senderos imposibles. No hay luces por ningún lado. La humedad de esta noche me está devorando los huesos. Necesito comer algo.

OLIVER.- Entonces… ¿Se queda?

MAX.- Claro. Por supuesto… ¿Qué otra cosa podría hacer?

Pausa

OLIVER.- Es usted un tipo importante por lo que veo. Al

fin y al cabo, su maleta le delata… ¿Y este traje? Sí, sí, sí… Una gran calidad…

MAX.- ¿Qué le ocurre a mi traje?

OLIVER.- Vaya… Vaya… No me haga caso… Es la primera vez que veo un náufrago con corbata

MAX.- ¿Náufrago?

OLIVER.- Un náufrago con corbata.

MAX.- ¿Qué quiere decir?

OLIVER.- Náufrago con traje y corbata. Calcetines a juego con la corbata… Caramba… Menudos zapatos. Increíbles… Menudos zapatos.

MAX.- ¿Se está riendo de mí?

OLIVER.- ¿Y el sombrero? ¿Qué me dice de este sombrero? Increíble. Increíble. Un sombrero de los de verdad.

MAX.- No puede ni imaginar lo que he tenido que pasar para acceder a esta isla. He sufrido una serie de calamidades que le aseguro no había vivido jamás. Atravesé medio país en coche y medio continente en barco.

OLIVER.- ¿Medio continente en barco?

MAX.- Exacto. Una vez hube llegado al puerto… Al minúsculo puerto de la isla vecina… No logro acordarme del nombre… Los pescadores… Los pescadores del puerto me dieron algunas pautas para conseguir llegar a…

OLIVER.- ¿Los pescadores le trajeron hasta aquí?

MAX.- Los malditos pescadores no tuvieron la amabilidad.

OLIVER.- Lógico.

MAX.- Los estúpidos pescadores no fueron capaces de aceptar mi dinero.

OLIVER.- Lógico.

MAX.- Echaron a reír como locos cuando les ofrecí mi dinero.

OLIVER.- Lógico.

Pausa.

MAX.- Me hicieron tres garabatos en este papel. Indicándome el camino para alcanzar la isla y después el hostal.

OLIVER.- Refugio.

MAX.- Refugio. Refugio… ¿Qué importa eso?

Silencio.

OLIVER.- Bien… Entonces… ¿Se queda?

MAX.- Claro. Por supuesto… ¿No ve el estado en el que me encuentro? Estoy desfallecido.

OLIVER.- ¿Cómo piensa lavar su traje? No tenemos lavandería.

MAX.- He traído otra clase de ropa… ¿En qué está pensando?

OLIVER.- Ha traído el conjunto isleño.

MAX.- Por supuesto.

OLIVER.- ¿Ha traído pantalones cortos?

MAX.- Bombachos. Camisetas. Ese tipo de cosas.

OLIVER.- Me encantaría ver esos bombachos.

MAX.- ¿Sigue riéndose de mí?

OLIVER.- No. En serio. Me encantaría que me enseñara el contenido de su maleta. Hace tiempo que no echo un vistazo a las nuevas tendencias de moda para caballero.

MAX.- Desde luego… ¿Puedo pasar?

OLIVER.- Claro. ¿Ha dicho que iba a quedarse?

MAX.- Voy a quedarme… ¿Podría comer algo?

OLIVER.- ¿Comer?

DIANA se incorpora. Se acerca hasta MAX. Le observa con precisión.

DIANA.- *(A OLIVER)* Puedes calentarle una de las conservas que hay en la despensa… Una de las mejores… Parece que la visita lo merece.

Silencio. OLIVER sale. DIANA le quita la chaqueta y el sombrero. MAX la observa con reserva.

DIANA.- Sí.

MAX.- ¿Cómo?

DIANA.- Mi ojo.

MAX.- ¿…?

DIANA.- Mi ojo… Sí.

MAX.- Disculpe…

DIANA.- No importa. ¿Le gusta?

MAX.- ¿El ojo?

DIANA.- El ojo.

MAX.- En fin… Sí. Preferiría verlo a la luz del día.

DIANA.- ¿Preferiría verlo a la luz del día? Es usted uno de esos hombres que no se fían de las mujeres una vez ha caído el sol…

MAX.- Disculpe…

Pausa.

DIANA.- No me gustan esa clase de hombres. Vivo de noche. Soy nocturna por naturaleza. Dudo mucho que pueda ver mi ojo a la luz del día. Siento defraudarle. No soy una de esas mujercitas de rostro lavado, que hacen la colada al tiempo que tararean cancioncillas de amor. Me repugnan esas mujeres. Seguramente usted es de los que busca una joven con hoyuelos y moño, vestido de gasas; con andar estreñido, ademanes depresivos, sensibilidad aguda… Una de esas mujercitas que lloran por la muerte de un insecto. Una de esas que le preparan un velatorio y que lo entierran con todos los honores. *(Pausa)* Soy nocturna.Vivo en la noche. Jamás podrá ver mi ojo a la luz del día. *(Pausa)* Y desde luego, jamás he

rendido homenaje a un bicho muerto. *(Pausa)* ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

MAX.- Estoy desfallecido… ¿No me ve? Llevo días enteros…

DIANA.- ¿Cómo ha conseguido llegar hasta la isla usted solo? Ha dicho que los pescadores no le trajeron… ¿Cómo se las ha ingeniado?

MAX.- ¿Me oyó antes cuando…?

DIANA.- ¿Y bien?

MAX.- No va a creerlo.

DIANA.- Voy a creerlo.

MAX.- Cuando los pescadores me dejaron allí, entre la oscuridad… Tanta oscuridad. Tanta oscuridad. Estuve horas paseando entre los amarres tratando de… Me dijeron que el barco tardaría días en pasar… Así que me armé de valor y… Robé un bote. Robé un bote. Remé exasperadamente. Con una linterna gastada y una brújula que no entendía. Con una linterna gastada y una brújula que no entendía.

DIANA.- Vaya… Parece que le aturde mucho recordarlo… ¿De dónde sacó la linterna y la brújula?

MAX.- Los pescadores.

DIANA.- ¿Los pescadores?

MAX.- ¿Es que no me ha oído? *(Pausa)* Disculpe… ¿Puedo sentarme?

DIANA.- Por supuesto, caballero. En estos momentos es usted un cliente, ¿no es así? Si llega a ser cualquier otra cosa no se lo permitiría. Me veo obligada a ceder ante determinadas cuestiones. Es inevitable. Durante un tiempo me… quiero decir… he sido capaz de rebelarme muchas veces, se lo advierto.

MAX recoloca una de las sillas y, al sentarse, tiene un fuerte calambre en la zona de la rodilla. Se retuerce. DIANA le observa atentamente y, poco a poco, va acercándose a él, hasta que finalmente se coloca a su lado. Se sienta en el suelo.

DIANA.- ¿Se encuentra bien? Si quiere puedo prepararle una pomada para los huesos. La humedad de esta isla. Le costará acostumbrarse a esta humedad.

MAX.- ¿Pomada para los huesos?

DIANA.- ¿Prefiere una pastilla? Aquí no tenemos pastillas. No tenemos pastillas.

MAX.- ¿No tienen medicamentos?

DIANA.- No tenemos pastillas.

MAX.- Me toma el pelo.

DIANA.- No tenemos pastillas.Ya se lo he dicho. No entiendo por qué hay que repetirlo todo tantas veces.Ya está bien de repetirlo todo tantas veces.

Silencio. MAX se derrumba sobre la silla. DIANA le observa con precisión.

DIANA.- Entonces… ¿Va a quedarse?

MAX.- Claro… ¿No lo ha oído? Voy a quedarme.

DIANA.- ¿Cuánto tiempo va a quedarse?

MAX.- Unos días… Tan sólo unos días.

Pausa.

DIANA.- Me está queriendo decir lo siguiente… Vamos a ver. Soy muy concisa. No soporto dar vueltas sobre asuntos sencillos. Me está queriendo decir que un hombre como usted… Una persona de edad… Un hombre así, con esa clase… con un sombrero de cierto nivel, y esa pinta que destila de poder… Un tipo poderoso. Eso es. Un tipo de los de nivel. Un tipo así… resulta que se presenta aquí… porque quiere pasar unos días. Quiere pasar unos días en este pedazo de tierra aislada en medio del mar. Aquí, la gente como usted amarra sus yates en verano, se deslizan por sus toboganes de plástico, como mucho pasean por los senderos y chupan sus helados con verdadera vehemencia en verano. Pero, de ninguna manera… de ninguna manera… jamás… jamás… se presentan en pleno invierno… en medio de la noche diciendo que van a pasar unos días. Ahora resulta que al caballero le ha entrado el capricho de pasar unos días en una isla que no alcanza los diez kilómetros… Una isla inhabitable, prácticamente inhabitable para gente como usted… Y cómo la encontró… ¿No le informaron del lugar al que venía?

MAX.- Escuche. Me está poniendo nervioso.

DIANA.- Ya se lo he dicho. Soy concisa. Práctica. No me gusta andar por las ramas. Ha dicho que va a quedarse, ¿no es así?

MAX.- ¿No me ha oído? Voy a quedarme.

DIANA.- Va a quedarse. Bien. Yo pongo las normas. Entiende. Yo pongo las normas. Y ahora quiero que me diga cuántos días va a quedarse.

MAX.- Ya se lo he dicho. Tan sólo unos días.

Pausa. DIANA se tumba boca arriba. Se estira.

MAX.- Escuche…

DIANA.- Me está empezando a aburrir de una manera realmente desagradable.

MAX.- Hay algo que debo decirle. Quería esperar. Esperar a mañana para… ¿No ve cómo estoy? No… No… se da cuenta de mi estado…

DIANA.- Me aburro. Me aburro. Es su forma de hablar… ¿Sabe? Su forma de entonar las frases y el ritmo con el que se expresa. Aburridísimo. ¿Ha escuchado música alguna vez? Quiero decir… si ha escuchado música con todos sus sentidos… profundizando en los movimientos del aire y en los cambios de fuerza… Parece que no. ¿Va a quedarse unos días?

MAX.- ¡¿…?!

DIANA.- Podría enseñarle con la entonación. Es importantísimo que aprenda a manejar las pausas, los signos de

puntuación y… Le vendría estupendamente para todo. De hecho, es posible que usted sea uno de esos tipos con clase que en el fondo se sienten solos y despreciados… un tópico pero existen… Claro que existen. Uno de esos poderosos que en la cumbre descubre su propia soledad. Su propia soledad. Es usted uno de esos. Se lo veo en los ojos. Una mirada opaca. Le vendría estupendamente. Es evidente que el problema se encuentra en la entonación de sus frases.

MAX.- *(Incorporándose, furioso)* Suficiente. Voy a pagar… ¿Entendido? *(Recuperando la calma)* ¿Entendido?

DIANA.- ¿Qué significa eso?

MAX.- Le exijo… Le pido que me trate con un poco más de delicadeza. Debería ser consciente de mi estado. Debería conmoverse con mi estado.

DIANA.- No parece muy acostumbrado a utilizar el victimismo. Más bien podría decirse que ha conseguido, tras largos años de persuasión, que sean los demás los que le conmuevan a usted… un experto en la conmoción. ¿Cuántos días va a quedarse? Necesito saberlo. Está usted en mi territorio. Sabrá que aquí no pasan barcos todos los días. En invierno es habitual que se paralice el servicio semanal. Hay temporales horribles. Se rompen árboles en dos. Árboles de raíces enormes. Árboles más viejos que la creación del mundo. Unos árboles terroríficos se parten en dos. Durante semanas se paraliza el servicio. Quizá piense usted regresar en su bote robado cuando le plazca. Unas vacaciones muy extrañas las

suyas. Con razón se dice que los ricos están llenos de caprichos. Seguramente ha venido aquí con la intención de despejar su cabeza llena de competencias y rencillas. Ha venido para tranquilizar su conciencia. Va a idear un plan de ataque. ¿No es así?

MAX trata de mantener una calma que se resquebraja. Intensamente se dirige hacia su maleta. La abre. Rebusca entre sus cosas. Finalmente, saca una fotografía. Se acerca a DIANA y la muestra con pulso firme.

MAX.- Quiere concisión. Muy bien. Aquí está. Vengo buscando a este hombre.

DIANA se aparta.

MAX.- *(Tranquila pero intensamente)* Tiene toda la razón. Toda la razón. Soy un hombre poderoso. Dirijo… Y me siento orgulloso de ello…Dirijo una gran empresa de seguros. Soy el director general de una empresa que se expande por el mundo. ¿Entendido? Manejo sucursales. ¿Entendido? Cuidado con su soberbia. Quizá no esté acostumbrada a toparse con tipos como yo. Cuidado con esa soberbia de niña malcriada. Soy experto en dominar situaciones mucho más complejas que ésta. No tiene ni idea de lo que somos capaces los tipos como yo. No tiene ni idea. ¿Entendido? *(Pausa)* ¿Quién se cree que es? He venido a esta isla. He venido a esta isla insignificante con un propósito. Un único propósito. Y le aseguro que consigo todo, absolutamente todo lo que me propongo. Todo. ¿Entendido? Mucho cuidado, ¿de acuerdo? Mucho, mucho, cuidado. *(Pausa)* He

venido a esta isla buscando a este hombre. ¿Lo ve? Busco a este hombre.

DIANA.- ¿Se llama?

MAX.- ¿Cómo?

DIANA.- ¿Cuál es su nombre?

MAX.- ¿El mío?

DIANA.- Su nombre.

MAX.- *(Desconcertado)* Máximo… Max… Puede llamarme simplemente Max.

DIANA.- Encantada Max. Yo me llamo Diana. *(Pausa)* Así que viene aquí solo buscando a un hombre y resulta que ese hombre, por lo que parece, desapareció hace mucho tiempo. Una fotografía arrugada. ¿No ha encontrado otra en la que saliera más favorecido?

MAX.- ¿Qué… qué quiere decir?

DIANA.- Por fin me muestra algo que merece la pena… La fotografía... Arrugada… Una fotografía de hace… por lo menos… por lo menos diez años. Eso es, diez o quince años. El único objeto que merece la pena… el único objeto que dice algo de usted. *(Pausa)* Así que persigue a este joven…

MAX.- Le busco.

DIANA.- ¿Se fue?

MAX.- Desapareció… Desapareció por completo.

DIANA observa la fotografía. Su gesto se retuerce sutilmente. Pausa.

DIANA.- Un hombre como usted… un hombre poderoso… Un directivo de seguros… Sucursales por el mundo. Un verdadero hombre de negocios… Cómo un hombre así decide emprender una búsqueda semejante. ¿Está seguro de saber a dónde ha llegado? ¿No podría haber contratado un equipo de detectives…? O quizá… Podría haber utilizado los contactos con las mafias… Porque no me diga que no tiene contactos con las mafias. Un hombre que lleva ese sombrero obligatoriamente tiene grandes contactos con las mafias.

OLIVER atraviesa la pequeña sala circular con una bandeja y llega hasta el porche. Comienza a colocar un plato, cubiertos, vasos y una botella sobre la mesa.

OLIVER.- Aquí está. Albóndigas, pan y ginebra.

DIANA.- Albóndigas. Buena elección. Son mi especialidad. Hago montones de albóndigas y luego las distribuyo en estos tarros. En la despensa hay muchísimos tarros de albóndigas. Algunas llevan tomate, como éstas… luego también las hay con una salsa de ajo muy especial… con especias aromáticas… con patatas y huevo duro… Va a quedarse, ¿eh, Max? Podrá probarlas todas.

OLIVER.- Os tratáis de un modo muy cariñoso. Max… ¿Le has llamado Max? Encantado, Max. Yo soy Oliver. Encantado de verdad. Los inviernos en esta isla son muy aburridos. No es que nosotros no sepamos diver-

tirnos. Somos expertos en esta materia. No es eso… Desde luego, no estamos acostumbrados a estas visitas… Desde luego que no… Por favor, Max, siéntese…

MAX se sienta e inmediatamente después le acompañan DIANA y OLIVER. Cruzan miradas. MAX comienza a comer con voracidad.

DIANA.- ¿Sabes lo que me ha contado Max mientras preparabas su comida?

OLIVER.- Habéis hablado. Por supuesto. Se nota en la forma en la que os miráis. Habéis conversado sobre algo estúpido, seguramente. Algo estúpido que, sin embargo, para vosotros ha sido importante. Unos segundos os habéis debido sentir inseguros, uno frente al otro, dos desconocidos en medio de esta noche húmeda. Dos extraños. Dos personas que jamás pensaron conocerse se encuentran repentinamente hablando de algo profundo y doloroso en el porche de un refugio.

DIANA.- Max ha venido a esta isla buscando a un hombre. Te das cuenta. Ha venido hasta aquí. Este tipo de nivel. Directivo de seguros. Un gran directivo que maneja parte del mundo. Ha venido él sólo buscando a un hombre.

OLIVER.- ¿Directivo de seguros?

DIANA.- Un gran directivo.

OLIVER.- Experto en la seguridad. Un experto en la seguridad… Paradójico… *(Pausa)* ¿A un hombre? ¿Aquí?

DIANA.- Exacto.

OLIVER.- *(A MAX)* ¿Ha venido aquí buscando a un hombre? ¿Qué clase de hombre?

MAX.- Mi hermano.

DIANA.- ¿Su hermano?

MAX.- Eso es. Mi hermano. Hace más de diez años que no le veo. La última noticia que tuve de él es que vino aquí. Vino a esta isla a pasar una temporada. Creo que quería montar un negocio. Un negocio de esos suyos. Era un joven risueño. Lleno de ideas inalcanzables. Con una mente perdida. Eso sí, tenía un gran carisma. Pero le valía de poco. El chaval siempre acababa fastidiándolo todo.

DIANA.- Ahora resulta que el tipo es su hermano.

OLIVER.- ¿Va quedarse con nosotros?

MAX.- Claro. Por supuesto. Hagan el favor de no preguntarlo más.

OLIVER.- ¿Cuántos días?

MAX.- Unos días. El tiempo necesario para recabar pistas sobre Lucas. Debo averiguar cuanto antes… Debo encontrarle. Es un asunto urgente. No me pregunten más. Voy a pagar, ¿entendido? Puedo pagar más de lo que se imaginan. Puedo pagar el alojamiento, la comida y otras cosas.

DIANA.- Otras cosas…

MAX.- Desde luego, cualquier persona que pueda colaborar en mi búsqueda será recompensada.

OLIVER comienza a reír.

OLIVER.- ¿Puedo ver esa foto?

MAX saca la fotografía del bolsillo de la camisa. DIANA sirve ginebra en los vasos. Dirige una mirada inquietante a OLIVER. Unos segundos de silencio. Después, un cruce de miradas más hondo. DIANA y OLIVER frente a frente clavando sus ojos el uno en el otro. La fotografía en el centro de la mesa.

DIANA.- Brindemos.

MAX.- ¿Brindar?

DIANA.- Brindemos.

DIANA levanta los vasos. Trata de romper la tensión. OLIVER ha quedado repentinamente paralizado. Con los ojos bien abiertos, perdidos.

DIANA.- Un brindis por Max. Un brindis dedicado exclusivamente a Max.

MAX.- Gracias.

Los tres vasos chocan en el aire. OLIVER se dirige pausadamente hasta la mecedora, se sienta y queda con la mirada perdida, moviéndose a un ritmo lento y oxidado. DIANA le observa de soslayo.

MAX.- ¿Qué le pasa?

DIANA.- ¿A quién?

MAX.- A tu hermano.

DIANA.- ¿Mi hermano? No es mi hermano. De dónde diablos saca que es mi hermano.

MAX.- Cierto… He debido confundir… Estoy aturdido… ¿No me ve? Desfallecido.

DIANA.- No es mi hermano.

MAX.- ¿Qué le pasa?

DIANA.- Nada… Y por qué tenía que pasarle algo. No le pasa nada. Es así. Le apetece sentarse y se sienta. No quiere hablar y no habla. Hace exactamente lo que quiere. Todo lo que quiere y jamás da explicaciones de sus actos. Jamás dice por qué va hacia un lado o al otro. Aquí las cosas funcionan de esta manera. No intente buscar explicaciones estúpidas a las situaciones más livianas. Toda esa gente como usted… Toda esa gente… Se dedica a sacar unas conclusiones horribles acerca de cosas que no tienen explicación. Crean unas teorías increíbles. Unos juicios enrevesados. Y luego dicen… dicen que lo tienen todo bajo control. Todo controlado. Un directivo de seguros debe saberlo a la perfección.

MAX.- ¿No será que le conoce? ¿No será que los dos le conocen?

DIANA.- ¿A Lucas?

MAX.- ¿Cómo sabe el nombre?

DIANA.- Usted mismo lo ha dicho hace un momento.

Pausa.

MAX.- Simplemente quiero saber dónde está.

DIANA.- ¿Y?

MAX.- Si está aquí o se fue.

DIANA.- ¿Y?

MAX.- Si se fue… quiero saber a dónde.

DIANA.- Me parece estupendo. Es libre de hacer lo que quiera. Quiere buscar a Lucas. Busque a Lucas. Nadie va a impedírselo.

MAX.- No creo que vaya a costarme mucho trabajo encontrar respuestas. Una isla minúscula. Un simple hostal. Nadie alojado, ¿es así?

DIANA.- Exacto. Nadie alojado.

MAX.- Una isla minúscula. ¿Cuántas personas puedo encontrar en un sitio así? ¿Cuántos habitantes…?

Pausa.

DIANA.- ¿Qué se ha creído? ¿Eh? ¿Cree que voy a ponerme a hacer de detective?

MAX.- He hablado de dinero.

DIANA.- ¿De dinero?

OLIVER.- Mucho dinero. Grandes cantidades de dinero.

Pausa.

DIANA.- Aquí… aquí no nos importa el dinero. El dinero nos lo pasamos por el culo. *(Pausa)* Efectivamente. No tiene ni idea de dónde está. Ni idea. Me da pena. ¿Sabe? Es increíble observar a una persona totalmente fuera de lugar. Fuera de lugar. Aquí ese maldito dinero nos lo pasamos por el culo. ¿Sabe por qué? Quiere saberlo. Quiere saberlo. Aquí nos lo pasamos por el culo todos los días. Todos los días. He tratado con cientos de personas como usted. He escuchado esas frases de pega llenas de envidia, sus lamentos entrecortados, sus calamidades a la hora de aparcar el coche o contratar chicas de la limpieza; sus dolores de estómago, el miedo a los aviones…Y se ven todos tan bien… son todos tan estupendos. Unos se juntan a otros. Unos a otros. Siempre mirándose a través de los ojos de otros… Sólo una intención. Un espejo. Individuos convertidos en espejos deformados. Grandes esperanzas tras las personas-espejo. *(Pausa)* Espera… Espera… ¿Qué melodrama es éste que me estoy montando? ¿Qué papel…? Por favor… Estaba realmente afectada. Realmente afectada. *(Suelta una pequeña carcajada y saca un espejo del bolsillo. Lo coloca frente a MAX, justo delante de su cara)* ¿Se ha mirado alguna vez a la cara? Quiero decir, se ha mirado al espejo… se ha mirado y ha pensado en lo que es… en quién es… No en lo que ven los demás… En quién es. En quién es exactamente. No en el color de sus ojos. No en la expresión de su cara. No en las arrugas del entrecejo. No en los aspectos puramente físicos. Quiero decir… se ha mirado en el espejo y ha tratado

de entender lo que hay tras esa imagen… No en lo que ven los demás… No en su reflejo de los demás.

MAX.- Me está poniendo nervioso.

DIANA.- Lo ha pensado… Lo ha pensado… No aguanta ni dos segundos delante de su reflejo y todavía cree conocer al resto del mundo. Aquí no nos importa su dinero.

MAX.- Quite ese espejo de mis narices. Otra vez esa soberbia. Habría que taparle la boca con un esparadrapo de vez en cuando. Ya veremos si no importa mi dinero. Ya lo veremos. ¿Entendido? En unos días comenzaremos a observar si mi dinero importa o no importa. *(Pausa)* Y ahora… Por favor… Estoy cansado. ¿Puede acompañarme a mi habitación?

DIANA se incorpora. Le mira directamente a los ojos, con profundidad.

DIANA.- Lo lamento. Quizá mañana tenga tiempo de prepararle una habitación. Puede dormir en alguna de estas sillas. La hamaca es una buena opción. Es la mejor opción. Siento no poder ayudarle. Buenas noches.

Con paso firme va hacia la sala y sube las escaleras. MAX queda totalmente trastocado, mirando el espacio con desafío nervioso. Se acerca a OLIVER. Trata de menearle, pero éste le dirige una intensa mirada, todavía paralizado, que asusta a MAX. Camina perdido. Se introduce en la sala. Enciende una luz. Observa los recortes de las paredes durante unos segundos y… se dirige al biombo… Frente a él encuentra su reflejo de cuerpo entero en el espejo.

Fundido y silencio.

Horas más tarde.

El porche vacío y estático. MAX se encuentra tumbado en la hamaca. Todas sus cosas colocadas en un rincón. De tanto en tanto, notamos su presencia por los movimientos nerviosos provocados por un sueño excitado.

Breves minutos de silencio.

La puerta del porche se abre y entra JIMENA. Movimientos entrecortados, rostro cándido, mirada gacha. Lleva una pequeña bolsa. Lenta e intensamente se dirige hacia el fregadero situado junto al tocador. Se sienta frente al espejo. Cruza las manos bajo la barbilla. Queda paralizada unos segundos. Sus dedos casi rozando los labios. La mirada todavía gacha. Poco a poco, va sacando utensilios de su bolsa: un cepillo de dientes, un peine, un tarro de crema… Al momento, comienza a peinarse con lentitud y suavidad. Mira de reojo hacia el espejo, sin fijar la vista. Transcurridos unos segundos, se incorpora. Va hacia el fregadero. Abre el agua y se levanta el vestido. Comienza a lavarse las piernas pausadamente.

Breves minutos de silencio.

MAX se despierta. Se asoma tras la hamaca. Descubre a JIMENA. La mira con inquietud. Pero su rostro se dulcifica repentinamente. Incluso levemente hace una mueca de sonrisa. Se incorpora en silencio. Va hacia JIMENA. Se detiene. Queda unos segundos paralizado. Rectifica y de nuevo se coloca junto a la hamaca. Al tiempo, JIMENA comienza a secarse lentamente las piernas. Silencio. MAX se dirige hacia su maleta.

Aprieta un botón y se abre por un lateral. Saca un pequeño aparato color rojo, unos cables y otros artefactos de pequeñas dimensiones. JIMENA se enjabona el cuello, los hombros y las axilas. MAX teclea algunos números y se coloca el aparato en la oreja. Varias veces repite la misma operación. De nuevo va hacia JIMENA. Se detiene unos pasos antes de llegar a ella.

MAX.- Disculpe… Perdone… ¿Me oye?

Lentamente, JIMENA se coloca el vestido y, con movimientos entrecortados, se gira. MAX retrocede unos pasos.

MAX.- Disculpe… no quería molestarla… no era mi intención… Verá… Llegué ayer noche y estaba intentando hacer una llamada de teléfono… una llamada de teléfono… ya sabe… pero no funciona… es imposible establecer la conexión… ya sabe. Es imposible… Lo he intentado durante todo el día… Varias veces… Es imposible establecer la conexión… *(Pausa)* Podría decirme… Sabría… dónde puedo encontrar un teléfono.

JIMENA.- *(Voz rota)* No hay teléfono.

MAX.- ¿No hay…?

JIMENA.- No.

MAX.- ¿En toda la isla?

JIMENA le observa. Coloca sus manos entrecruzadas bajo la barbilla.

JIMENA.- ¿Es nuevo?

MAX.- Como… como que si soy nuevo.

JIMENA.- ¿Es nuevo aquí?

MAX.- Llegué ayer noche.

JIMENA.- ¿Llegó ayer noche?

MAX.- Exacto… Estoy buscando la manera de ponerme en contacto…

JIMENA.- ¿En contacto?

MAX.- Sí… ya me entiende… en contacto con… Necesito hablar con varias personas. Están esperando mi llamada. Deben esperarla desde hace horas. Nadie sabe dónde estoy… Nadie conoce mi destino…

JIMENA.- Su destino… aquí… aquí… Su destino… Aquí. *(Pausa)* No hay teléfono.

JIMENA se gira y se sienta frente al tocador. Quedamente comienza a echarse crema por el rostro. MAX avanza unos pasos hacia ella.

MAX.- ¿No hay teléfono en toda la isla?

JIMENA se retira. La mirada en el suelo.

JIMENA.- En toda la isla.

MAX.- Disculpe… No quería… asustarla… En serio… No quería… *(Pausa)* Y podría decirme… ¿Tienen cobertura?

JIMENA.- ¿Cobertura?

MAX.- Cobertura. Necesito poner en funcionamiento mi teléfono… *(Le muestra el aparato rojo)* No es sólo un

teléfono… ¿Ve? Con él también puedo realizar múltiples conexiones. A través de él realizo trámites de gran importancia. Todas las operaciones quedan registradas. Necesito… urgentemente… ponerlo en funcionamiento.

JIMENA.- No funcionan.

MAX.- ¿Qué…?

JIMENA.- Los artefactos no funcionan.

MAX.- ¿A qué clase de artefacto se refiere…?

JIMENA.- Aquí no funcionan.

MAX.- ¡¿Y cómo… cómo diablos hacen… todo?!

JIMENA.- ¿Todo?

MAX.- ¿No se comunican con nadie? Es que… ¿No tiene familia? ¿Amigos? Qué clase de vida… Qué clase de gente podría sobrevivir…

JIMENA se retira junto al tocador. Comienza a introducir sus cosas en la bolsa. Se dirige a la puerta. MAX la sigue.

MAX.- Disculpe… Por favor… Le ruego que no se vaya… Se lo ruego… *(Pausa)* Escuche… Tan sólo… Acabo de llegar… Estoy en una situación… Le ruego que se siente unos minutos… Tan sólo unos minutos… Sólo necesito que me escuche unos minutos. Se lo ruego.

JIMENA.- *(De espaldas a MAX)* ¿Va a hacerme preguntas?

MAX.- Escuche… Se lo ruego… Estoy… estoy desconcertado… Acabo de llegar… Tan sólo necesito…

JIMENA.- ¿Va a hacerme preguntas?

MAX.- De acuerdo… No quiere que le pregunte… Ni una sola pregunta… Se lo prometo… Tan sólo unos minutos.

JIMENA se gira. Durante breves segundos clava su profunda mirada en MAX. Al momento, de nuevo la cabeza gacha.

MAX.- … Se lo agradezco… Gracias… Es compasiva… es buena… se le ve... ¿Nos sentamos?

JIMENA se dirige a la silla con movimientos entrecortados. Se sienta. Las manos bajo la barbilla.

MAX.- Verá… tiene que entenderme… Me es muy complicado explicarle… Me es muy complicado hablar con usted sin hacerle preguntas. No las haré. Soy un hombre de palabra. Podrá comprobarlo. No le haré una sola pregunta…

Silencio.

MAX.- ¿Por qué…? Disculpe… *(Pausa)* Verá… No he sido capaz de conciliar el sueño en todo el día. Entraba un desagradable hedor a carne cruda. Un fuerte olor a carne cruda. Toda la habitación estaba impregnada de sangre. Oía… Oía… fuertes golpes y crujir de huesos. Un olor pestilente inundaba el espacio. Todavía huele…

JIMENA.- Lo siento.

MAX.- En serio, todo esto me está resultando realmente desagradable. Creo que nunca había estado en un sitio tan desagradable.

JIMENA.-Lo siento.

Silencio.

MAX.- Necesito…

JIMENA.- Lo siento… No puedo hacer nada.

MAX.- Pero… ¿conoce la isla? ¿Es de aquí?

JIMENA.- No puedo hacer nada… Lo siento.

MAX.- ¿Nada?

JIMENA.- Tan sólo podría…

MAX.- ¿Qué? Diga… Cualquier ayuda será recompensada.

JIMENA.- Tan sólo puedo contarle una historia.

MAX.- ¿Una historia?

JIMENA.- Una historia.

MAX.- ¿Qué clase de… historia?

JIMENA.- Puedo contarle muchas historias.

Pausa.

MAX.- Podría… podría contarme una historia acerca de la isla.

JIMENA.- De la isla…

MAX.- De esta isla.

JIMENA medita.

JIMENA.- De acuerdo… pero… para entenderla debe tener en cuenta que la verdad… la verdad de esta historia no

está en las palabras que voy a decir… la verdad… si es lo que le interesa… está en los silencios y en las pausas… Todo lo demás…

MAX.- No entiendo nada.

JIMENA.- ¿No lo entiende?

MAX.- Efectivamente… Nada.

JIMENA.- Tendrá que tomar conciencia de los silencios que hay entre las palabras y en el fondo de ellas… Tendrá que observar las rupturas y los huecos… El silencio en medio de los sonidos.

MAX.- ¿Cómo?

JIMENA.- No puede aferrarse a ninguna de las palabras… No puede empezar a creer en ellas… Tan sólo son señales. No se quede enganchado en la palabra. No puede empezar a creer en ellas…

MAX.- No entiendo nada.

JIMENA.- ¿No quiere…?

Pausa.

MAX.- Está bien… Bien… No haré caso a las palabras… Aunque ya me dirá qué sentido tiene eso. Ningún sentido.

JIMENA.- *(Incorporándose para irse)* No quiere.

MAX.- No… Por favor… No me deje solo… Quiero decir, estoy encantado de escuchar esa historia cuya verdad… no se encuentra en las palabras.

JIMENA.- No quiere.

MAX.- Por favor… Se lo ruego… Siéntese…

JIMENA se sienta de nuevo, con la cabeza gacha y las manos entrecruzadas bajo la barbilla. Silencio. Al momento, comienza a narrar una historia. Su voz rota se irá quebrando más a medida que avanza el relato.

JIMENA.- Durante una época… Hace… diez años… En el invierno de hace diez años… Llegaron a la isla unos grupos de vagamundos… Huidos de la sociedad… Huidos de las relaciones humanas… Creían… consideraban que… las personas… absorbían… Decían que se habían metido dentro de ellos hasta llegar a manejar todos los cables. Un control inhumano. Las identidades de uno y otro entrelazadas. Entonces… Al llegar a la isla, desarticularon todos los sistemas de control. *(Pausa)* Entre todos esos vagamundos… hubo uno que se impuso a los demás… Porque los otros al fin y al cabo tan sólo querían pasarse el día desnudos por todos los rincones… eran muy perezosos… grandes perezosos. Creían que su huida era algo así como… una pérdida de responsabilidades sin vínculo. Este hombre… este extraño hombre… quiso ver más perspectivas. La búsqueda no tuvo límites… Una búsqueda sin contornos… Por eso, construyó el biombo. Un enorme biombo de espejos… Veinte hojas de espejos… Una profunda transformación: el fin del tiempo. *(Pausa)* Es curioso. Porque un día, de pronto, sin venir a cuento, descubrió que… las personas no eran personas sino

influencias… Unos y otros eran lo mismo. No se sabe cómo lo descubrió... Pero un día se levantó y lo supo. *(Silencio)* Está cayendo el sol.

Se dirige a su bolsa y saca unas cuantas velas. Las coloca por el espacio al tiempo que va encendiéndolas.

JIMENA.- Está cayendo el sol.

Se apoya en la cristalera del porche. La cabeza pegada a la ventana. La mirada perdida en la lejanía. El gesto de MAX se debate entre la atmósfera embriagadora de JIMENA y la tensión más absoluta. Va a decir algo pero se calla.

Breves minutos de silencio.

MAX se incorpora. De nuevo intenta poner en funcionamiento su pequeño artefacto rojo. Una y otra vez. Una y otra vez.

La puerta del porche se abre. Entra SAMUEL. Lleva puesto un delantal con manchas de sangre y en la mano derecha un pequeño saco. Se dirige directamente hacia la sala. Camina con dificultad: su pierna derecha amputada ha sido sustituida por una prótesis. Sirve un vaso de ginebra, la bebe de un sorbo y comienza a inspeccionar los recortes pegados en la pared. Abre el saco y extrae nuevas imágenes. Las observa una a una, hasta que comienza a pegar algunas de ellas encima de las anteriores. Realiza esta tarea con interés científico. MAX le observa. Duda unos instantes… se acerca.

SAMUEL.- ¿De dónde sale…? No le había visto nunca… ¿Me equivoco?

MAX.- Soy recién llegado.

SAMUEL.- Una aparición. Una aparición en medio de la nada. Pero, oiga, está un poco alterado. Le noto muy nervioso. Tranquilo. Al fin y al cabo está a salvo… Quiero decir, consiguió llegar a tierra firme. *(Sirve dos vasos de ginebra y ofrece uno a MAX)* Consiguió llegar a tierra firme y ahora se encuentra con un vaso de ginebra entre sus manos… ¿Le gusta la ginebra?

MAX.- Gracias.

SAMUEL.- Le gusta… Nos llevaremos bien entonces… Venga, déme un abrazo.

MAX.- ¿…?

SAMUEL.- No sea arisco, hombre. Déme un buen abrazo. Se sentirá mejor. Notará otro cuerpo cerca del suyo. *(Le abraza)* No sea tan arisco… *(Pausa)* Disculpe… Es cierto… No me he quitado el delantal… Siento haberle manchado.

MAX.- ¿Es… sangre?

SAMUEL.- Sangre.

MAX.- ¿Sangre?

SAMUEL.- No se asuste. Tranquilo.

SAMUEL se quita el delantal. Se sienta.

MAX.- ¿Asustado? Nada de eso…

SAMUEL.- Entonces bebamos. Bebamos. Es gratificante encontrar a alguien con quien beber.

Pausa.

MAX.- Podría hablar con usted… Quiero decir, ¿podría hablar claramente con usted?

SAMUEL.- Por supuesto… Eso no se pregunta… Puede hablar. Puede hablar.

MAX.- Iré al grano. Desde que he llegado a esta isla, ayer noche… desde que llegué ayer noche… tan sólo he encontrado tres personas. Tres personas desagradables. Sin ninguna amabilidad… ¿Entiende? *(Pausa)* ¿Cómo cree que me encuentro dadas las circunstancias? ¿Qué concepto tienen aquí de la hospitalidad? No tienen ni idea. Ni idea. Se creen los dueños del mundo en este pequeño y oscuro rincón. Los dueños de un agujero. *(Pausa)* Estoy realmente disgustado… Disculpe… Usted no parece de esos… Usted me está transmitiendo mucha serenidad. Toda la serenidad que necesito. Muy agradable. Eso es. Un tipo agradable en medio de esta… Disculpe… De nuevo pierdo los nervios… Es que… No se da cuenta… Mi teléfono no funciona… No es sólo un teléfono… Me resulta vital que se ponga en marcha en estos momentos… Lo necesito con urgencia.

SAMUEL.- ¿Jimena ha sido desagradable con usted?

MAX.- Ella… No… En realidad ella…

SAMUEL.- Jimena es incapaz.

MAX.- ¿Incapaz?

SAMUEL.- Incapaz… ¿comprende bien lo que le digo?

MAX.- Es cierto… Ella tan sólo… Es una joven especial.

SAMUEL.- ¿Le resulta especial?

MAX.- Por supuesto… Es distinta… Tiene una forma de andar… Una clase… Podría decirse que es un miembro de la aristocracia… De la realeza.

SAMUEL.- Podría serlo perfectamente.

Los dos quedan unos segundos mirando a JIMENA, que continúa con la cabeza apoyada en el cristal y la mirada perdida en la lejanía.

MAX.- Si no fuera porque…

SAMUEL.- ¿Cree que no lo merecería? *(Pausa)* Me doy cuenta de algo. Y déjeme decirle que me cae bien. Me refiero a que es usted un hombre interesante. Me doy cuenta de algo. Acostumbra a lanzar juicios muy rápidos. En cuestión de segundos ya cree conocerlo todo… ¿Es así?

MAX.- ¿Es que acaso usted no hace lo mismo? ¿No es lo que hacemos todos?

Silencio.

MAX.- ¿Vive aquí?

SAMUEL.- ¿Ella?

MAX.- Ella… ¿vive en el refugio?

SAMUEL.- No.

MAX.- ¿No vive aquí?

SAMUEL.- No. Vive sola.

MAX.- ¿Sola? ¿No tiene donde lavarse?

SAMUEL.- Se lava aquí.

MAX.- ¿No tiene casa donde lavarse? Es una imagen terrible.

SAMUEL.- ¿Ha visto cómo se lava?

MAX.- Sí…

SAMUEL.- ¿Y le ha parecido una imagen terrible?

MAX.- No exactamente… Pero… Una joven así. Una joven como ella… ¿No tiene una casa donde lavarse?

SAMUEL.- Ya se lo he dicho. Se lava aquí. *(Pausa)* Vive en una cueva.

MAX.- ¿En una cueva?

SAMUEL.- Exacto.

MAX.- ¿Es posible?

SAMUEL.- Tranquilo. Es una cueva estupenda. Le encantaría verla. Encima de unos acantilados altísimos. *(Pausa)* Tranquilo. Bebamos.

MAX.- Gracias. Por favor… Necesito poner en funcionamiento mi teléfono. Necesito conectarme a este artefacto.

SAMUEL.- Vamos a ver… Por lo que he observado… Por lo poco que he podido observar… Usted ha llegado aquí

de una manera un tanto aleatoria. Quiero decir, podría haber caído en cualquier otro sitio.

MAX.- De ninguna manera.

SAMUEL.- De acuerdo. Dice que no. Entonces… ¿no le advirtieron de que…?

MAX.- ¿No hay teléfono?

SAMUEL.- Efectivamente. No hay teléfono. No hay ningún tipo de conexión electrónica. No existe la electricidad, tal y como usted la entiende.

MAX.- ¡¿No hay electricidad?!

SAMUEL.- Tranquilo, hombre… Tranquilo. Tenemos unas lámparas de gas… Utilizamos fogones… ¿Qué mas quiere? No se altere tanto. Al fin y al cabo, está usted a salvo. Tiene un vaso de ginebra en sus manos. Hablamos calmadamente acerca de unas cosas y otras. Un hombre exagerado. Dramático. Un hombre irascible, ¿cierto?

MAX.- Entonces… Entonces… ¿Cómo se explica…?

SAMUEL.- No hay nada que explicar.

MAX.- Pero… Aquí vienen turistas en verano. Viene gente a disfrutar de unos días de descanso.

SAMUEL.- Esos intrusos suelen llegar en unos yates gigantes. Y los que no, se instalan en tiendas de campaña por el campo. También hay los que pasan temporadas en el refugio…

MAX.- ¿Los clientes del refugio no exigen electricidad?

SAMUEL.- La electricidad puede cargar el cuerpo de las personas. Los cuerpos se llenan de pedazos de hierro con la electricidad. No lo notan. Pero le aseguro que ocurre. Todos esos minúsculos pedazos de hierro se les meten por el cuerpo.

Silencio.

MAX.- Bien, de acuerdo. Escuche atentamente lo que tengo que decirle. Abra bien las orejas. Necesito su colaboración en un asunto urgente. Es un asunto sencillo. Simplemente su colaboración. Dos o tres días. No estaré aquí más de dos o tres días. ¿De acuerdo? Tan sólo dos o tres días… Escuche bien. Si me ayuda… Si colabora conmigo tan sólo en dos días… podrá recibir una gran recompensa de mi parte.

SAMUEL.- Tranquilo, hombre. Colaboraré con usted en lo que sea necesario. ¿Sólo piensa quedarse dos días? Podría enseñarle muchas cosas. Hay pasadizos naturales en el bosque. Pasadizos estrechos entre ramas de arbustos. Le enseñaría también el bufador. Un antiguo pozo lleno de aire.

MAX.- ¿Colaborará conmigo?

SAMUEL.- Por supuesto… ¿No me ha oído?

MAX.- De acuerdo… Entonces… Escuche. Necesito encontrar a este hombre.

Saca la fotografía y la coloca sobre la mesa. SAMUEL la mira.

Sirve ginebra.

SAMUEL.- ¿Al hombre o la mujer?

MAX.- ¿Qué mujer?

SAMUEL.- ¿No la ve? Ahí… Justo en la esquina.

MAX.- Al hombre.

SAMUEL.- ¿Y ella?

MAX.- No tengo ni idea de quién es ella.

Silencio.

SAMUEL.- Fíjese… Está mirando al objetivo. Y ahora observe muy bien el gesto de su cara. Inquietud. Eso es. Mira al objetivo con inquietud. ¿Dónde está tomada la fotografía? Parece una sala... Extraño lugar…

MAX.- No sé dónde está sacada la fotografía. Hace años de esta fotografía.

SAMUEL.- ¿Cómo la consiguió?

MAX.- Escuche… Va a colaborar, ¿de acuerdo? Va a colaborar. Puedo ofrecerle una gran recompensa.

SAMUEL.- Exacto. Voy a colaborar. Estoy colaborando. Trato de abrirle los ojos. El protagonista de esta fotografía no es él sino ella.

Pausa.

MAX.- ¿Acaso ha visto alguna vez a esta mujer?

SAMUEL.- ¿Verla?

MAX.- ¿La ha visto alguna vez en esta isla acompañada de un hombre?

SAMUEL.- ¿A ella?

MAX.- Sí, a ella. O a él… ¿Les ha visto?

Silencio.

SAMUEL.- Creo que no.

MAX.- ¿Cree?

SAMUEL.- Creo que no. Ella es… Creo que no… Tiene un color de pelo… Ceniza… Un color de pelo ceniza... Igual que Jimena.

MAX.- ¿Jimena?

SAMUEL.- Fíjese… Hay algo… No sé qué… Se parece un poco a Jimena. El pelo ondulado. Color ceniza. Ese flequillo que le llega hasta los ojos…

MAX.- ¿Los ojos?

SAMUEL.- Dos grandes bolas grises... Igual que Jimena.

Silencio.

MAX.- ¿Qué me está queriendo decir?

SAMUEL.- Nada.

MAX.- ¿Por qué me dice que la chica se parece a Jimena?

SAMUEL.- Se parece.

MAX.- Es que… cree… se le ocurre pensar que la chica y Jimena…

SAMUEL.- Me ha preguntado. Me ha pedido que colaborara. Colaboro. Me pregunta si conozco a la chica y… la chica se parece a Jimena.

Sirve ginebra en su vaso y bebe de un sorbo. Se levanta. Comienza a inspeccionar las paredes. Quita un recorte de periódico y pega otro.

Breves minutos de silencio.

SAMUEL.- Siento haberle manchado. Tengo que lavar ese maldito delantal. Se me pone hecho un asco.

MAX.- ¿Y él? ¿A quién se parece él?

SAMUEL.- Se ha asustado. Cuando ha visto la sangre del delantal le han temblado las piernas. Ha tenido un calambre en la rodilla.

MAX.- Le he preguntado por él.

Pausa

SAMUEL.- No se asuste tanto. La sangre era de cerdo.

MAX.- ¿…?

SAMUEL.- He matado un cerdo esta mañana. Tengo una pequeña carnicería ahí delante. Mato tan sólo un animal a la semana. Y con eso comemos todos. A veces, mato dos o tres animales. Las gallinas las mato de cinco en cinco. Si sobra la carne fresca la congelo o hago otro tipo de cosas. Ya sabe, salchichas, hamburguesas, chorizos… Ese tipo de cosas. *(Pausa)* Tranquilo. Sólo era un cerdo. Sangre de cerdo.

MAX.- Se acuerda… Me lo ha dicho… Va a colaborar.

SAMUEL.- Pues claro. Voy a colaborar. Estoy colaborando.

MAX se dirige a SAMUEL. Coloca la fotografía frente a él.

MAX.- ¿Le ha visto?

SAMUEL echa una mirada a la fotografía y continúa pegando imágenes en la pared.

MAX.- Le he preguntado que si le ha visto. Va a colaborar, ¿no es cierto?

SAMUEL.- Estoy colaborando.

MAX se queda mirando las paredes. Un colage gigante de imágenes, recortes de periódico y todo tipo de ilustraciones.

SAMUEL.- ¿No se había fijado?

MAX.- ¿Qué es todo esto?

SAMUEL.- Mi obra de arte. Una gran obra de arte viviente. Cada día se renueva. Cada día las imágenes cambian de lugar. Una ocupa el lugar de la otra. La que estaba allí hoy está acá. La que estaba arriba ahora está oculta. Una por otra. Cada día una nueva obra de arte. Cada día un nuevo mural. Un gigante mural de recortes vivientes. ¿Ve? Aquí… Allá… Donde prefiera… tome, ponga una. Donde más le guste. Sin pensar. Sin pensamientos. Deje que su mano le lleve. Pierda el control sobre usted mismo.

MAX comienza a mirar con desconcierto las paredes. Breves minutos de silencio.

MAX.- ¿De dónde saca los recortes?

SAMUEL.- ¿De dónde los saco? De todas partes. Oiga… ¿Cree que no tengo iniciativa? De todas partes.

MAX.- ¿Qué significa… de todas partes?

SAMUEL.- Escuche… Veo que no lo entiende. Evidentemente, es cierto, no lo entiende. Escuche atentamente. En este mural… ¿Lo ve? En este mural se encuentran todos, absolutamente todos los papeles que han venido a parar aquí. Las revistas, los billetes de barco, las fotografías… propagandas, envoltorios, hojas de periódico… todo… ¿Lo ve? Todo. *(Pausa)* Durante años… Verá… Tendría que empezar desde el principio. De acuerdo, empecemos desde el principio. *(Pausa)* Cuando comenzaron a llegar los intrusos… desde que empezaron a llegar…. Al principio me parecían molestos… Me incordiaban sus pisaditas en la arena de la playa, los chillidos de los niños, de los abuelos. Me resultaba insoportable. Un verano estuve oculto con los oídos tapados… En serio, con los oídos tapados todo el verano. Oculto en el sótano. No les soportaba, como quien dice. *(Pausa)* Y ese verano con los oídos tapados tuve tiempo de reflexionar. Descubrí mi derrota. Es fundamental descubrir la derrota. La descubrí. Y entonces, empecé a elucubrar la fórmula para salir victorioso de mi propia derrota. Debía encontrar la manera de sacar provecho. Exacto. Sacar provecho de sus chillidos y sus pisaditas en la arena de la playa. Sacar provecho. Algo que me habían enseñado desde chico y que yo había

subestimado completamente. Eso es, completamente. Había subestimado esas enseñanzas. De pronto, sacar provecho de la derrota fue mi máxima. *(Pausa)* Y pensé… Pensé… Toda esa gente debe tener algo que a mí me sirva, algo que me haga sacar provecho. Empecé a observarles. Me ocultaba durante horas controlando sus movimientos de un lado a otro de la isla. Ellos no sabían que les espiaba. El espionaje se convirtió en un juego extraño. Me gustaba mirarles. Y me gustaba que ellos no me miraran a mí. *(Pausa)*. Les estaba robando esos trozos de sí mismos de los que renegaban… Sus movimientos imperceptibles, toda aquella pantomima que hacemos cuando nadie nos observa. Los residuos del comportamiento. Sus residuos. Escudriñaba los pedacitos de ser que los intrusos abandonaban a su paso. Como si tras de sí fueran dejando un rastro con eco. Tenían formas extrañas de ocultarse. *(Bebe)* Descubrí la manera de sacar provecho. Aquí lo tiene. Un gran mural de residuos humanos. Residuos vivientes. ¿Quién podría decirlo? Desde hace años… Recojo sus papeles. Aquí los tiene. Los recortes abandonados… Los envoltorios abandonados… Los rastros de unos y otros. Sus huellas.

Durante el relato, MAX ha estado dando vueltas alrededor de la sala. Con la mirada pegada en las imágenes. Ahora, está parado frente a una de ellas.

MAX.- No puedo creerlo.

SAMUEL.- ¿Tan extraño le resulta?

MAX.- No puedo creerlo… Por favor… Por favor… Acérquese un momento.

SAMUEL.- Un recorte de periódico.

MAX.- Necesito leer lo que pone. Necesito entender esa letra minúscula. No puedo creerlo.

SAMUEL saca una lupa del bolsillo.

SAMUEL.- Tome. Tranquilo, hombre. Tranquilo. ¿Qué le pasa?

MAX coge la lupa y observa la imagen.

MAX.- ¡Es él!

SAMUEL.- ¿Él?

MAX.- Él. Mi hermano. Lucas. Es él.

SAMUEL.- ¿Su hermano?

MAX.- El joven de la fotografía. ¿No se da cuenta? El joven de la fotografía. Es él. Maldita sea. No puedo leer lo que pone. Hay otra cosa encima. No puedo leer el contenido completo de la noticia. ¿Ha visto? ¿Puede creerlo? Es él. Está… ¿Qué hace? Está inaugurando un supermercado. Maldita sea. ¿Qué hace inaugurando un supermercado?

SAMUEL.- Déjeme… quizá pueda ayudarle. Colaborar. Eso es. Colaboraré con usted.

SAMUEL coge de nuevo la lupa. Observa.

SAMUEL.- Veamos. Efectivamente. La hoja está rota. Completamente rota. ¿Sabe a lo que me refiero? No hay nada encima. ¿Ve? Se trata de una hoja de periódico rota.

MAX.- Maldito inútil. ¿Qué hace inaugurando un supermercado? *(Pausa)* ¿Ha visto la fecha?

SAMUEL.- ¿Fecha?

MAX.- El año de la publicación. El mes, el día… Los periódicos… Los periódicos indican en la parte superior de la hoja el día, el mes y el año de la publicación.

SAMUEL.- ¿Es que no lo ve? Está rasgada. Completamente rasgada en la parte superior de la hoja.

MAX.- ¿Qué hace inaugurando un supermercado?

SAMUEL.- ¿Está seguro de que es él?

MAX.- ¿No lo ve? Es inconfundible. ¿Se ha fijado en la mancha que tiene en la frente? Un antojo… Un antojo de nacimiento…Inconfundible.

SAMUEL.- El titular dice… Presentación del nuevo supermercado… Escuche… Tampoco viene el lugar donde se realizó la inauguración… No hay más datos. Tan sólo la inauguración de un supermercado a saber dónde… Imagine. Por aquí pasa gente de todas las partes del mundo. Gente de todas las partes del mundo. Huyen de sus casas. Huyen de sus trabajos. Huyen de sus mujeres e hijos. Huyen. De todas las partes del mundo. Se plantan aquí cada verano toda clase de gente. ¿Se da cuenta?

MAX.- Maldita sea. ¿Qué hace este mamarracho inaugurando un supermercado?

Pausa.

SAMUEL.- ¿Y ella?

MAX.- ¿Ella?

SAMUEL.- Ella no está.

MAX.- ¿A quién…? ¿Por qué me está mirando de ese modo?

SAMUEL.- Ella.

MAX.- ¿Por qué me está mirando de ese modo?

SAMUEL.- Ella no está… ¿Eso no le importa?

MAX.- Deje de mirarme de ese modo.

SAMUEL.- Ella… La joven con el pelo color ceniza. La joven de su foto. La que mira al objetivo con inquietud.

Silencio.

MAX.- Ya se lo he dicho… No la conozco… No tengo la más remota idea de quién es.

SAMUEL.- Sólo le he comentado que ella no está en la inauguración del supermercado. Debería aprender a suponer. Quiero decir… Debería aprender a detectar la importancia real de cada cosa. ¿Qué le hace ser… tan irascible?

Pausa. *SAMUEL sirve ginebra en los vasos.*

SAMUEL.- Bebamos.

MAX.- Gracias… Pero… Escuche… Va a colaborar… ¿No es cierto?

SAMUEL.- Tranquilo, hombre. Voy a colaborar. Estoy colaborando. Tranquilo. Beba. No se lo tome todo tan a pecho. Al fin y al cabo, está de lo más a gusto. Tiene un vaso de ginebra en sus manos. Conversamos acerca de unas cosas y otras. Compartimos esto y aquello.

JIMENA se aparta de la cristalera. Lentamente se acerca hasta la sala. Queda parada frente a ellos. Una mueca de sonrisa. MAX y SAMUEL la miran. Ella baja la cabeza y va hasta la puerta. Sale.

Breves minutos de silencio.

MAX.- ¿Va a su cueva?

SAMUEL.- Quién lo sabe.

MAX.- ¿Camina descalza y a oscuras?

SAMUEL.- Camina descalza entre los riscos. Las plantas de sus pies soportan las rocas, las ortigas, los cactus… Camina descalza sobre piedras.

MAX.- ¿De dónde ha salido esa muchacha?

SAMUEL.- Tendría que haberla visto cuando llegó… Traía los ojos brillantes. Había llorado mucho. Suspiraba. Suspiraba todo el tiempo. Ahora no suspira.

MAX.- ¿Ella sola?

SAMUEL.- Ella sola. Llegó ella sola. *(Pausa)* ¿Qué otra cosa podría haber hecho?

MAX.- Algo tuvo que haberle pasado entonces. Un asunto grave.

SAMUEL.- ¿Y usted?

MAX.- ¿Yo?

SAMUEL.- Ha llegado solo. Está solo.

MAX.- No compare.

SAMUEL.- No comparo.

MAX.- Ella es joven… Demasiado joven para caminar descalza. Para llevar el vestido rasgado. Para lavarse en un sitio como este. Para vivir en una cueva.

SAMUEL.-¿Y usted?

MAX.- No compare. Ya se lo he dicho. Ella es joven… Ella es… *(Pausa)* Extraña... Mueve los ojos de una manera elegante y sus manos… Sus manos parecen las de una señorita de clase alta a punto de cometer una fechoría... Sí, eso es… Una señorita de clase alta curioseando entre la miseria de los pobres, asomándose tímidamente a través de los sucios cristales de sus cocinas.

SAMUEL.- ¿Qué le pasa?

MAX.- ¿A mí?

SAMUEL.- Cuidado.

MAX.- ¿Qué quiere decir con eso de cuidado?

SAMUEL.- Le advierto. Jimena es incapaz… ¿Sabe bien a lo que me refiero?

MAX.- ¿Incapaz de qué…?

SAMUEL.- Incapaz. Entienda bien lo que le digo.

Breves minutos de silencio. Una tensión oculta ocupa el espacio. Se oyen pasos en el piso de arriba. Pasos y después un golpe.

MAX.- ¿Qué ha sido eso…?

SAMUEL.- Son ellos.

MAX.- ¿Ellos?

SAMUEL.- Ellos.

MAX.- ¿Diana y Oliver?

SAMUEL.- Son ellos.

MAX.- ¡¿Quién?!

SAMUEL.- Ellos… son ellos.

MAX.- Le he hecho una pregunta.

De nuevo pasos en el piso de arriba. Se sienten muy cerca.

SAMUEL.- Tengo que irme.

MAX.- ¿Se va? *(Silencio)* Escuche… ¿Va a colaborar? ¿Es que no me oye? ¿Volverá mañana? ¿Volverá mañana por la mañana?

SAMUEL va hacia la puerta y sale. Deja el saco con los recortes, la lupa y el delantal. MAX coge su aparato rojo. Lo mira. Camina unos pasos. Retrocede. Alcanza el delantal. Lo huele.

Deja que caiga al suelo. Después, coge la lupa. Gira alrededor de la sala. Se acerca a la pared. Fija la mirada en el recorte de periódico. Acerca la lupa.

Fundido y silencio.

Vuelve la luz. Es de noche. MAX está sentado en una silla. DIANA desciende la escalera de caracol cargando una colchoneta. Se para en seco frente a MAX. Mirada de hielo.

DIANA.- ¿Dónde quiere que se lo ponga?

MAX.- ¿A qué se refiere con eso de dónde quiero que me lo ponga?

DIANA.- Dónde quiere que le haga su nido.

MAX.- ¿De qué… de qué me está hablando con eso del nido?

DIANA.- Me comprometí. Ayer noche, me comprometí. No me gusta hacerlo. Nunca lo hago… Sin embargo, ya ve, al final me comprometí a prepararle una habitación. He estado reflexionando. Durante largas horas he ocupado mi tiempo pensando en usted. Sí… como lo oye… Largas horas con su imagen en mi mente. Sus palabras, sus gestos… Todo usted en mi mente. Hágase una idea de lo que le estoy diciendo. *(Pausa)* De acuerdo. Va a quedarse. Ha decidido quedarse. Usted mismo ha decidido quedarse. Estupendo. De acuerdo. *(Pausa)* No seré yo quien se lo impida. No seré yo la persona que le haga cambiar de opinión. *(Pausa)* Sin embargo… Le haré un nido. ¿De acuerdo? Le haré un nido en el por-

che. Puede elegir el rincón que más le guste. Le recomiendo la zona de la derecha, al fondo. Cuando sopla el viento los cristales crujen, se lo aseguro. Toda la cristalera cruje. Si se coloca en el otro lado, oirá con fuerza el viento. Escuchará sus chillidos con mucha más intensidad.

MAX.- ¿Qué significa eso del porche? ¿Es que no piensa prepararme una habitación?

DIANA.- La zona de arriba está inhabilitada. He estado reflexionando mucho acerca de este asunto.

MAX.- ¿Inhabilitada? ¿No va a prepararme una habitación?

DIANA.- La zona de las habitaciones está inhabilitada.

MAX.- De eso nada. Le dije que iba a pagar. ¿Entendido? Creo que quedó todo claro… Luego a usted le dio por demostrar su soberbia… y me dejó aquí tirado. ¿Ha estado reflexionando dice? Haga el favor de prepararme una habitación… Llevo todo el día aquí postrado. Para ir al water he tenido que salir al campo. ¿Le parece normal?

DIANA.- Tendrá que salir al campo… si va a quedarse.

MAX.- ¿Qué quiere decir con eso de que tendré que salir al campo…? ¿Es que tampoco tienen aseos?

DIANA.- La zona de los aseos está inhabilitada.

MAX.- ¡Voy a pagar!

Pausa.

DIANA.- No aceptaré su dinero.

MAX.- ¿Que no qué…?

DIANA.- No va a pagar… no va a pagar. ¿Quiere quedarse? Le prepararé un nido. Elija donde lo quiere. La zona de las habitaciones está inhabilitada. Los aseos están inhabilitados. Le prepararé un nido. Aquí tiene su colchoneta. Traeré mantas, una vela, papel higiénico y si le parece bien, Oliver le hará la cena. Es todo lo que puedo ofrecerle. No pagará.

MAX.- ¿No va… no va a aceptar mi dinero? Está tratando de sobornarme… ¿Qué es lo que quiere conseguir de mí exactamente? ¿Qué está tramando?

DIANA.- No aceptaré su dinero porque es incapaz de entender que se hagan las cosas sin motivos. Debo ser inflexible con las personas incapaces de comprender algo tan básico. Inflexible. Si no acepto su dinero es porque trato de conseguir algo de manera transversal. ¿Es así? *(Pausa)* Como no va a creerme, no haré el más mínimo intento por explicarme. De hecho, he estado reflexionando. Va a quedarse. Le ofrezco un nido, le coloco su colchoneta, sus mantas, su rollo de papel higiénico y su vela. Oliver le hará la cena. Saldrá a hacer sus necesidades en el campo. Puede quedarse el tiempo que quiera. No seré yo quien se lo impida. No aceptaré su dinero. No aceptaré nada de usted. He estado reflexionando. No puedo ceder. *(Pausa)* No puedo ceder.

MAX.- Escuche… Estoy empezando a… ¿Me toman el pelo? ¿Están urdiendo una broma pesada, de mal gusto? Se aburren en su isla anodina. Se aburren. Se aburren tanto que…

DIANA.- No haré el más mínimo intento por explicarme. ¿Quiere la colchoneta? ¿La quiere?

MAX.- ¿Me está amenazando?

DIANA.- Le he hecho una pregunta… Una sola pregunta.

MAX.- ¿Y si no la quiero?

DIANA.- ¿Quiere la colchoneta?

MAX.- Si dijera que no…

DIANA.- ¿Quiere la colchoneta?

MAX.- ¿Cree que puede dominarme con una simple colchoneta gastada?

Pausa.

DIANA.- De acuerdo. No la quiere.

Con paso firme comienza a subir la escalera.

MAX.- Espere…

DIANA se detiene en seco, sin mirarle.

MAX.- ¿No hay otra opción?

DIANA.- No hay otra opción.

MAX.- ¿No aceptará mi dinero?

DIANA.- No aceptaré su dinero.

Pausa. DIANA asciende un escalón.

MAX.- Espere.

DIANA.- Quiere o no quiere la colchoneta.

Pausa. DIANA asciende dos escalones.

MAX.- ¡Espere! De acuerdo. Quiero la colchoneta.

DIANA desciende la escalera. Se para frente a MAX. Le mira directamente.

DIANA.- Bajo presión… pero ha sido humilde. A partir de ahora podremos tener una relación cordial. No seremos amigos. *(Pausa)* No seremos amigos. Tendremos una relación cordial. ¿Le parece bien?

MAX.- ¿Me pide a mí cordialidad?

Pausa.

DIANA.- ¿Le parece bien?

Pausa.

MAX.- Bien.

Pausa.

DIANA.- ¿Dónde quiere que la coloque?

Pausa.

MAX.- Podría… Podría colocarla aquí. Aquí mismo.

DIANA.- ¿En la sala?

MAX.- En la sala.

Pausa.

DIANA.- Le he dicho en el porche.

MAX.- ¿Podría ser en la sala?

Pausa.

DIANA.- Le he dicho en el porche.

MAX.- ¿No podría ser… en la sala?

Pausa.

DIANA.- De acuerdo. En la sala.

DIANA coloca la colchoneta en un rincón de la sala. Sube la escalera. Sale.

Breves minutos de silencio. MAX con el gesto de hielo. Baja la cabeza. Se frota los ojos. Al momento, DIANA reaparece en la escalera con una vela, un rollo de papel higiénico y una manta. Lo coloca junto a la colchoneta. Va hacia la mesa. Pone tres platos. Tres tenedores. Una botella de ginebra.

DIANA.- Instálese tranquilamente. Cenaremos en unos minutos.

MAX la mira. Duda. Alcanza la maleta. La coloca junto a la colchoneta. Extiende la manta. DIANA se dirige al tocador. Se sienta frente al espejo. Queda con la mirada fija en su reflejo. Silencio. MAX aprieta un botón de la maleta y ésta se abre en varios departamentos. Comienza a sacar su ropa.

Silencio.

OLIVER desciende la escalera con una fuente de comida. La coloca en la mesa.

OLIVER.- La cena está servida. *(A MAX)* Finalmente se queda… ¿Eh, Max? Decidió quedarse.

MAX.- Será cuestión de un par de días… ¿Cree que voy a permanecer aquí mucho tiempo dadas las condiciones? Tendría que haber visto los hoteles en los que me he alojado. Las camas en las que he dormido. Si lo hubiera visto seguramente cambiaría ligeramente su punto de vista. Ligeramente. Podría entender las circunstancias desde otra óptica.

OLIVER.- Entiendo perfectamente las circunstancias. *(Pausa)* Busca a su hermano. A su hermano o a quien sea. No voy a meterme en averiguar a quién o qué busca exactamente. El caso es que busca desesperadamente algo. Alguien o algo. Lo busca y no piensa descansar hasta encontrarlo. Acostumbra a… Necesita encontrarlo. *(Pausa)* Entiendo perfectamente las circunstancias. Su situación es desesperada. Usted cree que es desesperada. Le apoyo. ¿Sabe? Me gusta su ropa. Ya se lo he dicho. Me gusta la clase que desprende. Tiene… cómo diría… tiene sentido de la estética. Eso es fundamental. *(Pausa)* No siempre buscamos lo que creemos buscar.

DIANA se dirige a la mesa. Sirve los platos. OLIVER se sienta junto a ella.

DIANA.- *(A MAX)* Su cena está servida.

MAX se sienta junto a ellos. Comen.

MAX.- ¿Cuántos habitantes…? *(Pausa)* Mañana… Mañana por la mañana tengo intención de hablar con todas las personas de esta isla. Necesito hablar con todas las personas de esta isla. Me iré cuanto antes.

OLIVER.- ¿Quiere hablar con todas las personas de esta isla?

MAX.- Exacto… ¿Qué día pasa el barco semanal?

OLIVER.- Ya está hablando con todas las personas de esta isla.

MAX.- ¡¿Cómo?!

OLIVER.- Nosotros somos todas las personas de esta isla.

MAX.- Quiere decir… ¿Ustedes dos?

OLIVER.- Exacto. Diana y yo. Somos todas las personas de esta isla.

MAX.- ¿Me toma el pelo?

OLIVER.- Nosotros somos todas las personas de esta isla.

MAX.- ¿Qué diablos está diciendo? Hace tan sólo unos minutos he conocido a… ¿cómo se llamaba? Jimena… Jimena y el otro… No sé el nombre… El que coloca los recortes en las paredes. El creador del mural de residuos humanos. Hace tan sólo unos minutos…

OLIVER.- Nosotros somos todas las personas de esta isla.

MAX.- ¿No me oye? Maldita sea. Estoy empezando a cansarme. Una broma pesada. Están completamente locos.

A quién se le ocurriría decir semejante sandez. ¿No me oye? He estado con Jimena hace unos minutos. Jimena y el hombre que mata animales.

OLIVER.- ¿Jimena?

MAX.- Jimena y el hombre…

OLIVER.- Jimena…

OLIVER queda unos minutos paralizado, con la mirada perdida en el infinito.

MAX.- ¿Qué le pasa? Maldita sea… ¿Qué narices le pasa?

DIANA.- No le pasa nada… ¿Qué le pasa a usted? *(Pausa)* Le dejamos quedarse. Le hago un nido. Le ofrezco todo lo que está en mi mano… ¿Qué le pasa a usted?

MAX.- Estoy buscando a Lucas. Saben perfectamente que estoy buscando a Lucas.

DIANA.- Le dije que era libre de buscar a Lucas. Es libre. ¿De acuerdo?

MAX.- Entonces… ¿qué le pasa?

DIANA.- No le pasa nada… ¿Qué le pasa a usted?

Pausa. MAX saca la fotografía.

MAX.- Escuche… tan sólo… déjeme que le diga una cosa… tan sólo necesito encontrar a Lucas. Cuanto antes obtenga información… antes me iré. No les molestaré más. Serán dos días y me iré… Me iré antes de que… No seré un obstáculo. He visto la clase de

gente que son ustedes. Renegados. Eso es. Son renegados. ¿Es así? Reniegan de la sociedad y se ocultan en sus guaridas. Me iré. Yo no reniego. Durante toda mi vida…. Durante todos los días de mi vida, me he enfrentado a las dificultades. No elijo la derrota. No permito la derrota. Me he enfrentado a las dificultades.

DIANA.- Tendremos una relación cordial, ¿recuerda? Una relación cordial. Y ahora le diré algo. No encontrará a nadie en esta isla. No encontrará a nadie.

MAX.- No entiendo nada. Ya está bien de… De acuerdo… De acuerdo… Tan sólo quiero saber algo… Tan sólo… ¿Le ha visto?

DIANA.- ¿A quién?

MAX.- A él.

DIANA.- ¿Él es Lucas?

MAX.- Pues claro… A Lucas. ¿De qué se ríe?

DIANA.- Resulta que de pronto… No sé… Fíjese… Tiene un aire a Oliver… El joven de esta foto tiene un aire a Oliver.

MAX.- ¿Qué quiere decir con eso del aire?

DIANA.- Se parece… Se parece a Oliver… El joven… Se parece a Oliver.

Pausa. MAX se incorpora.

MAX.- Ya está bien… Suficiente… ¿Quién se han creído que son? Llevan tomándome el pelo un día entero. Ten-

gan cuidado con lo que hacen. Estoy permitiendo estos abusos y le aseguro que todo tiene su reverso.

DIANA.- Reverso…

MAX.- Sus consecuencias.

OLIVER.- *(Todavía paralizado, con la mirada perdida)* Buscamos… buscamos una y otra vez. Una y otra vez. Buscamos sin saber qué… Sin entender por qué. Buscamos. Huellas… Pero no siempre buscamos lo que creemos.

Pausa. DIANA se levanta y se coloca sentada frente al espejo. La mirada fija en su reflejo. OLIVER abandona su parálisis y sirve ginebra en los vasos. MAX observa intensamente a DIANA. Después, mira la fotografía. Silencio.

MAX.- ¿Por qué se mira tanto en el espejo?

OLIVER.- ¿Se mira?

MAX.- Se queda ahí paralizada… Mirándose al espejo como…

OLIVER.- Busca saber quién es.

MAX.- ¿No sabe quién es?

OLIVER.- ¿Usted sabe quién es?

MAX.- Por supuesto.

OLIVER.- Ella no sabe. No sabe quién es.

MAX.- ¿No lo sabe?

OLIVER.- ¿Usted sabe quién es?

MAX.- ¡Por supuesto!

Se escuchan pasos en el piso de arriba.

MAX.- ¿Qué ha sido eso? Pasos… He escuchado pasos. Encima de mi cabeza. Hay alguien en el piso de arriba.

OLIVER.- ¿Alguien?

MAX.- ¿Es que no lo ha oído?

OLIVER.- Alguien…

MAX.- Le digo que hay una persona en el piso de arriba. He escuchado pasos encima de mi cabeza. Pasos nítidos, claramente pude oír esos pasos.

MAX se dirige hacia la escalera. OLIVER le impide el paso.

OLIVER.- El piso de arriba está inhabilitado.

MAX.- Haga el favor de dejarme pasar.

OLIVER.- El piso de arriba está inhabilitado.

MAX.- Antes… Antes me ha asegurado que ustedes son… son las únicas personas de esta isla… Oigo pasos en el piso de arriba. Oigo pasos… Claramente he podido escuchar… Déjeme pasar… Maldita sea…

OLIVER.- El piso de arriba está inhabilitado.

Pausa. Los ruidos cesan. MAX se coloca en el centro de la sala. Su mirada se desliza por todo el espacio.

Breves minutos de silencio.

MAX.- ¿Esto qué es?

OLIVER.- ¿Esto?

MAX.- ¿Qué es esto? ¿Qué clase de broma pesada es ésta? ¿Quién hay detrás de …? ¿Quién lo ha montado?

OLIVER.- Quién lo ha montado… ¿Qué es lo que se ha montado? ¿Qué se ha montado?

MAX.- Todavía continúa… No tiene límites… Usted… Todos… todos… No tenéis límites. Continúas y no te detienes ante nada. No te detienes pase lo que pase… Os movéis con sigilo… con sigilo… Pretendéis volverme loco… ¿Quién os ha contratado? ¿De qué cabeza habéis salido, maldita sea?

OLIVER.- ¿Nos tuteamos?

MAX.- ¿Que si nos tuteamos? ¿Que si nos tuteamos? Me está preguntando que si nos tuteamos… Cómo se le ocurre pensar… en eso… en estos momentos. Te he dicho a la cara… Te he desenmascarado.

OLIVER.- De acuerdo. Yo también te llamaré de tú. Veo que has cambiado el registro.

MAX queda parado en el centro de la sala. Su gesto da una vuelta de tuerca. Breves minutos de silencio.

MAX.- Volveré… ¿Sabes? Volveré. Tengo grandes contactos. No puedes llegar a imaginar las capacidades que tengo, los movimientos que me permito. Jamás imaginarías con quién has topado. Jamás. Jamás. *(Pausa)* Todo esto… Todo esto que me han montado… lo van a pagar. ¿Me escuchas? No puedo permitir algo semejante. No per-

mitiré que existan esta clase de comportamientos. ¿Me escuchas? Son una panda de desgraciados. Están llenos de grietas, de rencor, de frustración. Sólo mirarles… sólo mirarles con sus mutilaciones… *(Pausa)* Están mutilados. Mutilados.

Pausa.

OLIVER.- Lo que dices… todo eso que estás viendo en nosotros… todo eso que dices… lo focalizas. Lo focalizas. Lo que ves en nosotros es lo mismo que ves ahí dentro. Lo que oyes ahí dentro de tu cabeza. Porque aquí… aquí no hay nada. No hay nada. Sólo tu enjambre mental. Tus imágenes trasladadas a nosotros. Tus imágenes y tus palabras, tus células, tus músculos… focalizado en nosotros.

Pausa.

MAX se dirige a su maleta y comienza a guardar todas sus cosas. Choca con el biombo, se abre una hoja más… La imagen de MAX se duplica. Se producen unos minutos de extrañeza en los que MAX escudriña el biombo.

MAX.- ¿Qué significa este biombo? ¿Por qué está aquí…?

OLIVER.- No debes tocar el biombo.

MAX.- ¿Por qué no puedo tocarlo?

OLIVER.- No debes acercarte al biombo.

MAX.- ¿Y si lo abro…?

Momentos de gran tensión. OLIVER se coloca frente al biombo. Forcejea con MAX.

OLIVER.- No debes acercarte al biombo.

MAX.- ¿Y si no te hago caso?

OLIVER.- No lo toques.

Un fuerte forcejeo hasta que OLIVER empuja con fuerza a MAX y éste cae al suelo.

Pausa.

MAX.- Todo son prohibiciones...Vivís completamente atormentados. Atormentados entre límites y prohibiciones. No tocar… no abrir… no subir… No. No. No. ¿Para qué? ¡Oh! Hacía tiempo que no veía tanta frustración junta… *(Pausa. Cierra la maleta de un golpe)* Yo miro cara a cara a los problemas. Los enfrento. Analizo la situación y ataco. Ataco sabiendo exactamente a quién tengo enfrente… Volveré… No lo olviden… Nunca olviden que volveré.

OLIVER.- ¿Entonces te vas? ¿No te quedas?

MAX se dirige precipitadamente a la puerta.

MAX.- Nunca lo olviden. Mi imagen les torturará. Volveré y pagarán cara la broma… Volveré.

MAX sale. Tras unos minutos de silencio y parálisis, OLIVER se dirige a DIANA. La coge por los hombros. Sus miradas se encuentran en el espejo. Al instante, el espacio se ilumina y se escucha el fuerte sonido de un trueno.

Fundido y silencio.

II

TRAS EL ESPEJO

Llueve con violencia y el viento azota los cristales. Se escucha persistentemente el chillido del viento colándose por las rendijas.

En la sala MAX, *sentado en una silla y* DIANA, *frente a él, haciéndole un vendaje en el rostro.*

DIANA.- Vamos, Max… Llevas cinco días paralizado. No has movido un solo músculo en los cinco días. Te estás apelmazando… ¿Me escuchas, Max? Los puntos están cerrándose… en poco tiempo se hará una cicatriz. La herida dejará de escocer. Notarás el cambio. Notarás el cambio y te sentirás renovado. Poco a poco irás observando el proceso. Una herida se cierra. Queda la cicatriz. El proceso tiene un lado hermoso, ¿sabes? Tiene un gran lado hermoso. Comprenderás la capacidad de tu cuerpo para solventar el problema. Lo verás con tus propios ojos. Día a día… verás cómo tu cuerpo solventa el problema. Y eso… es milagroso. Te renovarás. Crearás en tu cuerpo por encima de todas las cosas. ¿Me escuchas, Max?

MAX.- Quiero verla.

DIANA.- ¿La herida?

MAX.- Quiero ver la herida… Un espejo.

DIANA.- ¿Quieres que te acerque… un espejo? Acabo de vendarla.

MAX.- Un espejo.

DIANA saca un espejo del bolsillo. Lo coloca frente a MAX.

MAX.- Sin la venda… Quítame la venda.

DIANA.- Los puntos están… todavía está…

MAX.- Sin la venda. Quiero ver la herida sin la venda.

DIANA desprende la venda poco a poco. A través del espejo la herida de MAX: una enorme raja parte en dos su mejilla derecha. MAX queda con la mirada fija en el espejo. Tras breves segundos lo aparta. Se echa en la silla. De nuevo, levanta el espejo. Observa su rostro. Se incorpora de golpe y lanza el espejo al suelo. Se produce un gran estrépito.

MAX.- ¡Sacadme de aquí! ¡Sacadme de aquí! ¡Maldita sea! ¿Es que no se escucha mi voz? ¡Mi voz! ¡Mi voz! ¿Se escucha mi voz? No puedo más… no puedo más… ni un segundo más… me va a explotar la cabeza… mi cabeza llena de calambres y pinchos… Pinchos que me taladran. ¡Sacadme de aquí! ¡Maldita sea! ¿Nadie escucha mis gritos? ¡Maldita sea! ¡Que alguien me ayude! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

DIANA se aparta y queda pegada a la pared, observándole con reserva.

MAX.- Mi cabeza… Va a explotar mi cabeza… Mi voz… No se escucha mi voz… ¿Se escucha mi voz?

Se dirige hasta DIANA con dificultad, le cuesta un gran esfuerzo moverse. La agarra por el cuello.

MAX.- ¿Me has oído?

DIANA.- ¿Cómo que si te he oído?

MAX.- Estoy hablando muy en serio. Completamente en serio… ¿Te das cuenta? Hablo completamente en serio. ¡No te muevas!

DIANA.- No me muevo.

MAX.- Muy bien… Así… Así… No te muevas.

DIANA.- No me muevo.

MAX.- Y ahora… Ahora… Vamos a hablar claramente. ¿Entendido?

DIANA.- Claramente.

MAX.- ¡No te muevas!

DIANA.- No me muevo.

La agarra por el cuello con más intensidad.

MAX.- Así… ¿Ves? Tranquila.

DIANA.- Estoy tranquila.

MAX.- ¡Cállate!

Silencio. Se miran fijamente.

MAX.- ¿Qué es todo esto?

DIANA.- ¿El qué?

MAX.- ¡No te muevas! *(Pausa)* Vamos a hablar claramente. Con total transparencia. Vamos a hablar claramente… ¿entendido?

DIANA.- Claramente.

MAX.- ¿Qué significa todo esto?

DIANA.- ¿El qué?

MAX.- Esta isla… Esta jodida isla…

DIANA.- ¿Esta isla?

MAX.- Esta jodida isla. Esta jodida isla… ¿qué significa? ¿Qué es exactamente lo que estáis haciendo aquí?

DIANA.- No estamos haciendo nada…

MAX.- ¡No te muevas!

MAX empuja con fuerza a DIANA hacia la pared. Ella le mira fijamente. Momentos de silencio tras los cuales DIANA realiza un movimiento sutil y veloz que hace girar a MAX y le tumba en el suelo. Queda sentada encima de él.

DIANA.- Ya está bien. No sigas por este camino. No es éste el camino. *(Pausa)* Te he cuidado… No es necesario que volvamos a lo mismo. No es necesario. He dedicado cinco días enteros… cinco días enteros a tus heridas. Ahora sólo tienes que tranquilizarte. Un poco de tranquilidad. Tranquilidad. Estos ataques de pánico son realmente desagradables. No hay quien los soporte. Todo este miedo que desprendes. Tanto miedo que sueltas. Me llega a producir una sensación de estupidez terrible. La estupidez lo inunda todo cuando te pones con estas cosas. ¿A dónde pensabas llegar con esa lluvia? El mar… Creías poder con el mar, con el viento, con la lluvia… Creías que tu poder valía tanto… ¡Oh! Cuán-

ta necedad, Max… Cuánta necedad… El ambiente está cargado de esa necedad que desprendes. ¿A dónde pensabas llegar con el bote robado? Estás con vida. Te he cuidado durante cinco días. Te he cuidado durante cinco largos días. *(Pausa. Se incorpora. Queda en pie frente a él).* Y ahora… levántate… despréndete de esa cara de susto. El miedo te inutiliza. Eres un inútil en medio de tanto alarde de riqueza. Un inútil lleno de miedo. El verdadero miedo… el miedo que sientes… el que expresan tus ojos… ese pánico indescifrable. No sabes exactamente qué es… Estás al borde de algo desconocido. Un miedo verdadero. El verdadero. Porque eres incapaz de encontrarle un sentido... está ahí sin fundamento alguno... Aterroriza de verdad... Si tan sólo fueras capaz de encontrar una causa... una simple causa... tu mente tendría una razón a la que apegarse... Aunque fuera una explicación estúpida... Incluso una explicación estúpida sería mejor que nada para alguien como tú... Podrías apegarte a ella. Tienes miedo... no trates de averiguar por qué. *(Pausa)* Tienes miedo de no ser nada… Por eso tanto derroche de poder… tanto derroche de coherencia y de razón… Y no te das cuenta de que por mucho que hagas no eres nada. No eres nada. En cierto sentido… Todas las personas… todos… siempre luchando por ser alguien… Pero no somos nada. No somos. *(Pausa)* Tienes miedo… No trates de averiguar por qué.

MAX trata de incorporarse pero las piernas le fallan y de nuevo cae al suelo. Comienza a llorar muy quedamente.

DIANA.- A partir de hoy… creo que lo mejor será que comiences a curar tu propia herida. Te dejaré sentarte en mi tocador. Podrás dedicarte todo el tiempo que quieras. ¿Qué te parece? Podrás observar el proceso. ¿Qué te parece? ¿Quieres hacerlo?

Breves minutos de silencio. DIANA se acerca hasta MAX y le ayuda a levantarse.

MAX.- Necesitas mi debilidad para… la necesitas para poder aceptarme.

DIANA.- La necesitas tú, Max.

MAX.- No la necesito en absoluto.

DIANA acerca a MAX hasta el tocador. Le ayuda a sentarse.

DIANA.- Te traeré un vaso de agua.

MAX.- No necesito mi debilidad para nada.

DIANA.- Bebe.

MAX.- No la necesito.

DIANA.- Por supuesto que la necesitas… Por supuesto que sí… *(Pausa)* ¿Qué te pasa ahora? ¿Cuál es el problema? Habíamos llegado a un acuerdo.

MAX.- No entiendo nada… sigo sin comprender el sentido de… todo esto… No entiendo esta jodida obsesión con el espejo.

DIANA.- No hay nada que entender.

MAX.- Y entonces…

DIANA.- Te dejaré sentarte frente al tocador. Podrás cuidar tú mismo de la herida. No fui yo quién saltó al mar salvaje en un bote podrido.

MAX.- No tengo ninguna intención… de cuidar de esta herida… no tengo ninguna intención de…

DIANA.- ¿Y qué estás buscando entonces?

MAX.- ¿Qué estoy buscando?

DIANA.- Te limitas a arañar tu existencia. No tienes ni idea de lo que estás buscando. Una búsqueda semejante… Una búsqueda semejante no es una búsqueda, como quien dice. Se convierte en otra cosa.

Pausa.

MAX.- ¿De qué otra cosa hablas?

DIANA.- Lo has perdido. Se acabó. Se fue. Se acabó. Nunca más volverá esa imagen. Esa imagen… ¿La recuerdas? Recuerdas sus movimientos… su olor… su tacto… ¿Recuerdas sus gestos? Su imagen… ¿Recuerdas su imagen? ¿Qué recuerdas de él? Una fragancia, una mirada sutil nada más levantarse… Un instante de plenitud los dos juntos. Un instante de plenitud que nunca jamás volverá. Tantos pequeños… diminutos instantes de plenitud que pasaron de largo y que… ahora… ahora… tratas de retener para no… aceptar… su final. Su final. Nunca volverá. Esas imágenes repetidas que no volverán. Esas imágenes repetidas. Sin embargo… insistes… continúas en tu empeño por apresar… tantas

imágenes repetidas de una misma persona… Su reflejo alcanza todo cuanto te rodea… Asfixia todo cuanto te rodea. *(Pausa)* Mírate… ¿Ves? Ese reflejo… Tu rostro… ¿Ves tu rostro? Ahí está él… Ahí está… Sólo tienes que dejarle salir… dejarle salir.

Pausa.

MAX.- Lucas era… Era un niño… Demasiado joven para comprender. Para asumir y comprender. Siempre decía que algún día… algún día dejaría el trabajo y se iría a una isla. No podía soportar… el acoso… No podía soportar… la presión y el acoso. Decía… algún día les diré a todos: "¡Ahí os quedáis! ¡Maldita panda de inútiles! ¡Ahí os quedáis, sinvergüenzas! ¡Ahí os quedáis! Adiós. Hasta siempre". *(Pausa)* Decía que viviría aislado. Sentado en una silla frente al mar. Decía… ahí estaré… sentado en una silla frente al mar. Solo con mi mirada frente al mar.

Pausa.

DIANA.- Para qué… para qué le buscas.

MAX.- ¿Para qué? Cómo que para qué.

DIANA.- ¿Por qué ahora… y no… entonces?

Pausa.

MAX.- Siempre pensé que volvería… Durante años esperé… su regreso. Años enteros esperando el regreso de mis hermanos.

DIANA.- ¿Hermanos? ¿No era sólo Lucas?

Pausa.

MAX.- Es sólo Lucas.

DIANA.- Pero… has dicho "hermanos"… No "hermano".

MAX.- Es sólo Lucas… Lucas… *(Pausa)* Se fue… diez años. El invierno de hace exactamente diez años… Ni siquiera una nota… No dijo nada. La última vez que le vi decía que… me dijo que no aguantaba más. Dijo exactamente que… le estaban vaciando por dentro. Poco a poco le estaban vaciando, dijo… En silencio y sin dejar rastro le iban vaciando poco a poco. Perdía su identidad. Se la comían. La devoraban… Y prefería… necesitaba evitarlo. Le pregunté cómo pensaba evitar algo inevitable… Debía ceder. Le dije. Y le grité. Entonces me miró intensamente y se fue.

DIANA.- ¿Has dicho… que desapareció… hace diez años? ¿En el invierno de hace diez años?

MAX.- En el invierno de hace diez años… ¿Por qué…? ¿Qué es lo que pasa?

DIANA.- En el invierno de hace diez años…

MAX.- ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué pasa?

Pausa.

DIANA.- Me estás queriendo decir… que vino a esta isla… en el invierno de hace diez años…

MAX.- No sé si llegó hasta aquí…

DIANA.- Entonces… ¿De dónde sacas… de dónde sacas la idea de que vino aquí?

MAX.- En su escritorio… Encontré una ruta trazada… Un cuaderno lleno de notas… escritos… mapas… dibujos… Una ruta trazada. El final era… esta isla.

DIANA.- ¿El final era esta isla? Trazó una ruta y el final era… ¿Has seguido todos los pasos de esa ruta?

MAX.- Exacto. Todos los pasos. He rastreado… todos los pasos.

DIANA.- ¿Y?

MAX.- Nada.

DIANA.- Y por qué… ¿Para qué buscarle? No te das cuenta… ¿Para qué buscarle?

MAX.- Es mi hermano.

DIANA.- ¿Y qué?

MAX.- Cómo que y qué… Mis hermanos desaparecen. Me abandonan. No dejan… No dejan señales. Huyen de mí… Se sienten acosados. Presionados.

DIANA.- ¿Otra vez "hermanos"?

MAX.- ¿He dicho "hermanos"?

Pausa.

DIANA.- No es necesario que me lo expliques… En realidad… No es importante. No me interesa. Sin embargo… Te he observado en estos cinco días, ¿sabes? He

visto algo realmente angustioso en ti… Hay una tortura muy fuerte en tus ojos endemoniados. Todas estas heridas… tu obstinación… No hace falta que me lo expliques. *(Pausa)* Eran dos, ¿verdad? Tus hermanos. Dos hermanos. Siempre hay una segunda persona. Es inevitable. Una dualidad. No podría ser de otra manera. A veces… sólo mencionar a esa segunda persona… sólo decir su nombre… sólo eso… rompe la estructura… el equilibrio.

Pausa. OLIVER desciende las escaleras a toda prisa. Al ver a MAX se detiene en seco.

OLIVER.- ¿Caminas? Has vuelto a la vida, como quien dice. Al fin caminas… Max… Todos estos días levantándote de un lado a otro… como un bebé. Un bebé grande entre mis brazos, Max. (*Pausa. MAX mira de arriba abajo a OLIVER.)* Y bien… ¿cómo me quedan? Estuve dos días seguidos pidiéndote estos bombachos y no me contestabas… ¿cómo me quedan? ¿Eh?

OLIVER camina por el espacio con las manos sobre las caderas. Se detiene y se apoya en la pared con una postura estrambótica. DIANA se acerca. Se planta frente a él. Le mira muy fijamente.

DIANA.- Max y yo hemos estado hablando. Hemos hablado un buen rato. Los dos. ¿Sabes lo que me ha dicho? ¿Lo sabes?

OLIVER.- ¿Qué te ha dicho?

DIANA.- Sus hermanos… desaparecieron hace exactamente diez años. En el invierno de hace diez años… ¿Entiendes bien lo que te digo?

MAX.- ¿Mis hermanos?

DIANA.- Tus hermanos.

MAX.- ¿Cómo que mis hermanos?

OLIVER.- ¿Eran dos?

DIANA.- Dos.

MAX.- No eran dos.

DIANA.- Dos… un hermano y… una hermana.

OLIVER.- Una hermana…

MAX.- ¿Una hermana?

OLIVER.- Una hermana…

DIANA.- Un plan trazado. Un plan trazado cuyo fin era esta isla. Sus dos hermanos. En el invierno de hace diez años.

Breves minutos de silencio. OLIVER y DIANA quedan parados uno frente al otro, mirándose fijamente. MAX parece mareado. Se mira en el espejo. Comienza a inspeccionar su herida. Se tapa la cara con las manos.

Fundido y silencio.

El espacio comienza a iluminarse a medida que JIMENA, completamente empapada, va encendiendo velas. MAX se

encuentra en la sala, haciendo flechas de un lado a otro del mural de recortes. Está muy concentrado. JIMENA queda parada. Se escucha el fuerte sonido de la lluvia.

JIMENA.- ¿Se ha transformado ya la herida?

MAX.- ¿No la ves? Sigue vendada.

JIMENA.- ¿Por qué no quitas la venda?

MAX.- No es hora de quitar la venda. Todavía la tengo en carne viva. Sale pus… Todavía sale pus.

JIMENA.- Tendrás que quitar la venda.

MAX.- Estás empapada… Chorreas agua.

JIMENA.- Llueve.

MAX.- ¿Y no has podido esperar a que parara?

JIMENA.- No va a parar.

MAX se acerca hasta ella con dificultad. La observa y su gesto cambia.

MAX.- ¿Qué te… ha pasado… en el ojo?

JIMENA.- Me golpeé.

MAX.- Te has golpeado en el ojo… Está completamente rojo…

JIMENA.- Me golpeé… Algo se metió.

MAX.- ¿Cómo?

JIMENA.- Algo se metió… No pude impedirlo.

MAX.- Es muy extraño.

JIMENA.- No pude impedirlo.

MAX.- Muy extraño… Lo del ojo… ¿Por qué…? Tu expresión… La expresión de tu cara… Me recuerda a alguien… Me recuerda a…

JIMENA se aproxima a MAX y comienza a quitarle la venda.

MAX.- No hagas eso. Todavía tiene pus.

JIMENA.- Iremos a limpiar la herida.

MAX.- ¿A limpiarla?

JIMENA.- Yo sé dónde limpiarla.

MAX.- ¿Qué le ha pasado a tu ojo?

JIMENA.- También limpiaremos el ojo.

MAX.- Está diluviando.

JIMENA.- Nos pondremos bajo la lluvia. Nos colocaremos los dos bajo la lluvia y dejaremos que el cielo nos limpie las heridas. Tu cara dejará de echar pus. Mi ojo dejará de derramar sangre.

MAX.- Estoy ocupado.

JIMENA.- Es necesario.

MAX.- ¿El qué es necesario?

JIMENA.- Limpiar las heridas.

MAX.- No me lo parece. *(Pausa)* He aprendido a no haceros caso. Poco a poco voy aprendiendo a dejaros pasar.

Venís aquí… Uno a uno… Ya no me importa de dónde habéis salido. No me importan vuestras excentricidades. Os dejo en paz. Dejadme en paz vosotros a mí. No es tanto lo que pido a estas alturas. Aguantaré aquí metido. El temporal pasará. Saldré de aquí. Reanudaré la búsqueda. Aguantar. Es lo único que me queda.

JIMENA.- ¿Reanudarás la búsqueda?

MAX.- No me importan las palabras que escucho. Las palabras van desvaneciéndose a medida que se pierden por el aire. Otras nuevas las reemplazan… Vienen y van. Vosotros venís y os vais. No sé quién sois… No sé qué tramáis…

JIMENA.- Para reanudar la búsqueda debes limpiar la herida.

MAX se acerca hasta JIMENA, le coge la cara con las manos.

MAX.- Escucha… Sé que tú… tú… puedes entenderme… sé que puedes… aunque no… Escucha… mi mente… está a punto de explotar… Va a explotar de un momento a otro… ¿Te das cuenta? Y ni siquiera puedo saber… no puedo saber el tiempo que me queda encerrado en esta isla… no puedo saber el tiempo…

JIMENA.- ¿Tu mente va a explotar?

MAX.- De un momento a otro… Va a explotar… Y ni siquiera puedo saber el tiempo…

JIMENA.- El tiempo y tu mente… son lo mismo. Debes limpiar las heridas.

MAX.- ¿Lo mismo?

JIMENA.- Vayamos bajo la lluvia. Preguntémosle a la lluvia la hora que es… El día que es… Preguntémosle a las rocas la hora que es… el día que es… Preguntemos al viento… al agua… a los insectos… preguntemos la hora que es a los insectos.

MAX.- ¿Insectos?

JIMENA.- Ellos… ellos no saben la hora que es… no saben la hora que es. No saben el día que es… el año que es… ellos no saben…

MAX.- ¿Cómo van a saberlo?

Pausa. JIMENA se gira.

JIMENA.- Cuando tu herida esté limpia… sabrás otras cosas. Una enorme carga se deslizará por el suelo.

MAX.- Mi carga… deslizándose por el suelo…

JIMENA.- Se deslizará por el suelo y tú la dejarás ir… como a todo lo demás.

MAX.- Quedará la cicatriz cuando la herida esté limpia.

JIMENA.- La cicatriz no importará… como todo lo demás.

Pausa. MAX regresa frente a la pared de los recortes.

MAX.- Estoy ocupado.

JIMENA.- No encontrarás nada hasta que la herida esté limpia.

MAX.- Y qué pretendes que haga…

JIMENA.- Tendrás que salir ahí fuera. Notar la lluvia caerte por el cuerpo. Apretar los pies contra el suelo… apretarlos con fuerza… sostenerte en medio de la lluvia y el viento. Apretar bien los pies contra el suelo y no dejar que el viento te lleve. Subir la cabeza. Subir la cabeza y notar la rabia del cielo. La rabia de la lluvia y el viento. Permanecer así hasta que la herida esté limpia.

MAX.- Estoy ocupado.

Entra SAMUEL cubierto por un gran plástico empapado. Se lo quita. Se dirige directamente hacia el mural. Lo examina con determinación.

SAMUEL.- ¿Qué es todo esto?

MAX.- He descubierto algunas pistas. Tengo nuevas pistas… todos estos papeluchos guardan una extraña relación… Entre todos ellos existen sutiles relaciones… Quizá… quizá invisibles a simple vista… Pero ahí están… Se relacionan unos con otros… Unos con otros…

SAMUEL.- Y lo has pintarrajeado.

MAX.- Exacto.

SAMUEL.- ¿Crees que eso servirá de algo?

MAX.- Era imprescindible para registrar esas relaciones… Mi mente… mi mente va a explotar si no apunto esas conexiones.

SAMUEL suelta una carcajada seca y comienza a arrancar los recortes.

MAX.- ¡He estado toda la noche en vela! Toda la noche sin pegar ojo… Ya tenía… una ruta… Casi había empezado a vislumbrar un sentido, una lógica… Una teoría comenzaba a tomar forma…

SAMUEL se para en seco frente a MAX. Le tapa los ojos bruscamente.

SAMUEL.- ¿Cuántas sillas hay en el porche?

MAX.- ¿Cómo?

SAMUEL.- ¿Cuántas sillas hay en el porche?

MAX trata de quitarse las manos de SAMUEL de los ojos, produciéndose un intenso forcejeo.

SAMUEL.- ¿Te has fijado? Está bien… Está bien… Si no eres capaz de decirme el número, por lo menos cuéntame algo acerca de ellas… Lo que sea… Una primera impresión… un sentimiento… cuéntame algo acerca de las sillas del porche.

MAX.- Que te cuente… ¿Cómo? ¿Qué es lo que quieres que te cuente?

SAMUEL.- ¿No sabrías decir nada acerca de las sillas del porche?

MAX.- Suéltame.

SAMUEL.- Así que no… realmente no sabes decir nada acerca de las sillas, ¿eh?

MAX.- ¿Qué es lo que quieres que diga…?

SAMUEL.- Una impresión… un sentimiento… Al menos, una intuición… ¿Nada?

MAX.- Suéltame.

SAMUEL.- Antes tendrás que decir algo acerca de las sillas.

De nuevo el forcejeo.

MAX.- Está bien… ¿Qué quieres que…?

SAMUEL.- Lo que desees, hombre… Lo que más te apetezca decir.

Pausa.

MAX.- Las sillas… las sillas del porche… son… creo que de color negro. Eso es, son negras.

SAMUEL.- ¿Negras?

MAX.- Exacto. Negras.

SAMUEL.- ¿Y qué más?

MAX.- ¿Qué más?

SAMUEL.- ¿Sólo son negras? ¿Simplemente son unas sillas negras?

MAX.- Sí.

SAMUEL.- ¿No eres capaz de decir nada más acerca de las sillas?

MAX.- Nada más. Son unas simples sillas negras sin más importancia.

SAMUEL.- ¿En serio?

MAX.- Unas insignificantes sillas negras.

SAMUEL.- Ah… También son insignificantes…

MAX.- Suéltame.

SAMUEL.- ¿Así que insignificantes?

MAX.- Exacto. ¡Suéltame!

SAMUEL.- Simplemente insignificantes… Negras e insignificantes.

MAX.- ¡Suéltame!

Pausa. SAMUEL quita sus manos de los ojos de MAX. Éste mira las sillas del porche de soslayo.

SAMUEL.- ¿Así que negras?

MAX.- ¡Qué importa de qué color sean, maldita sea!

SAMUEL se sirve un vaso de ginebra y lo bebe de un sorbo. Después continúa arrancando recortes con total naturalidad.

SAMUEL.- Tranquilo, hombre, tranquilo… No te alteres tanto… Pero has de reconocer que las sillas son verdes. Son unas sillas verdes… Quizá, sí, un tanto insignificantes… pero verdes.

MAX.- Verdes… negras… ¿a quién le importa?

SAMUEL.- Toda la noche elucubrando teorías… creando lógicas y… no te fijas en lo que tienes delante de tus narices… No te fijas en el color de las sillas… no absor-

bes su valía oculta… no imaginas grandes historias sentado en una de ellas o recreas posibles juegos levantándolas por los aires… ¿No sería esto mucho más coherente que todas esas relaciones…?

Pausa. JIMENA se dirige al tocador. Se sienta frente al espejo. Se inspecciona el ojo.

MAX.- En el mural… en él se encuentran todos los papeles que han llegado hasta la isla… Todos los papeles derramados en la isla… Mi hermano ha estado en esta isla.

SAMUEL.- Este mural cambia cada día… A cada momento… Nunca es lo mismo… Creo habértelo explicado varias veces. ¿Tan difícil es entender la aleatoriedad? Es fundamental, ¿comprendes? Fundamental… Y necesario. Completamente necesario. Si realmente has iniciado esa búsqueda… si esa búsqueda te importa… olvídate de hacer flechas en mi mural. O comprende bien el sentido de mi mural. Una de dos. Todo cambia… cada minuto… cada segundo… Una palabra… un silencio… todo es lo mismo y a la vez… cambia… si… cambia. Un buscador… un buscador de verdad… debe entender… Debe comprender algo tan básico como… es imposible encontrar aquello que no quiere desvelarse.

MAX se gira, nervioso. Se dirige a JIMENA. Queda tras ella. Sus miradas se encuentran en el espejo. Un hilo de sangre se derrama del ojo de JIMENA.

MAX.- ¿Qué… qué es eso? ¿Sangre? ¡Es sangre!

JIMENA.- Algo se metió por dentro… No pude impedirlo.

MAX.- Tu ojo… Mírame… Tu ojo está sangrando.

SAMUEL se acerca a JIMENA. La mira fijamente. La levanta bruscamente del asiento.

SAMUEL.- ¿Qué has estado haciendo?

JIMENA.- Me haces daño.

SAMUEL.- ¿Qué has estado haciendo?

JIMENA.- Me haces daño.

SAMUEL.- ¿Cómo has podido permitir… cómo has podido?

MAX.- Le haces daño.

SAMUEL.- ¿Qué has hecho? ¿Eh? ¿Qué has hecho?

JIMENA.- No pude impedirlo.

MAX.- ¿No la oyes? No pudo evitarlo.

SAMUEL.- Ella entiende a lo que me refiero… ¿Eh?

JIMENA.- Lo entiendo.

SAMUEL.- ¿Lo entiendes?

JIMENA.- Lo entiendo.

MAX agarra a JIMENA por el brazo. Con dificultad trata de apartarla.

MAX.- Iremos a limpiar la herida. Limpiaremos bajo la lluvia las heridas. Eso es lo que haremos.

JIMENA mira con intensidad a SAMUEL hasta que lentamente éste la suelta.

JIMENA.- Sí… lo haremos.

JIMENA coge con calma el brazo de MAX. Caminan lentamente hacia la puerta. Salen.

Fundido y silencio.

Se escucha el sonido oxidado de la mecedora. Las luces se intensifican. OLIVER echado en ella, mantiene un ritmo lento y mecánico. DIANA sentada en el tocador, con la mirada clavada en el espejo.

OLIVER.- ¿No queda otro remedio?

DIANA.- Va a estallar…

OLIVER.- Mmmmm.

DIANA.- ¿Qué pasa?

OLIVER.- Todo aquello… No quiero repetirlo.

DIANA.- Va a estallar… Ya te lo he dicho.

Pausa.

OLIVER.- Han pasado diez años.

DIANA.- ¿Y?

OLIVER.- Lo habíamos olvidado.

DIANA.- No lo habíamos olvidado.

OLIVER.- Había quedado… enterrado.

DIANA.- Flotaba por el aire. Podía respirarse.

OLIVER.- Olvidémoslo.

DIANA.- Va a explotar… Ya te lo he dicho.

OLIVER.- ¿No queda otro remedio?

DIANA.- Dejemos que así sea.

OLIVER.- Es todo tan extraño…

DIANA.- Lo sé.

Pausa.

OLIVER.- Entonces… ¿Abro el biombo?

DIANA.- Todavía no…

OLIVER. ¿No lo abro? ¿Cuándo lo abro?

DIANA.- No es el momento.

OLIVER.- ¿Cuándo lo abro?

DIANA.- Todavía no.

Pausa.

OLIVER.- Quizá…

DIANA.- ¿Qué?

OLIVER.- Nada.

DIANA.- Es mejor así…

OLIVER.- El fin del tiempo…

DIANA.- No digas nada.

OLIVER.- ¿Por qué?

DIANA.- No tiene sentido… Sabes que no existen las palabras para… no podríamos utilizar ninguna palabra que se ajustara a esta explicación.

OLIVER.- Es todo tan extraño.

DIANA.- Lo sé.

Silencio.

OLIVER.- El final… el final del tiempo.

DIANA.- No digas nada que no pueda ser dicho… pensado… imaginado… Las palabras… Esconden demasiados secretos. Están llenas de secretos ocultos. ¿Para qué hablar más de ello? Va a estallar. Con decir esto es suficiente. *(Pausa)* ¿Qué te pasa?

OLIVER.- Oigo ruidos… Otra vez ese silbido.

DIANA.- ¿Qué silbido?

OLIVER.- ¿No lo oyes?

DIANA.- No.

OLIVER.- Se repite una y otra vez… Una y otra vez. Me asfixia… Crujen las rocas… Chocan unas con otras. Demasiado juntas unas de las otras. Un silbido en la lejanía.

DIANA.- No digas nada…

OLIVER.- Me palpitan los oídos… Van a reventar.

DIANA.- Olvida… olvida las palabras…

OLIVER.- Van a reventarme los oídos… Me estallan.

OLIVER se tapa las orejas con las dos manos.

DIANA.- No hables.

OLIVER.- ¡Me estallan!

DIANA.- No hables.

OLIVER.- ¡Ahhhhhhh!

OLIVER cae al suelo rendido. Continúa con los oídos tapados. DIANA se acerca hasta él y le coloca de nuevo en la mecedora. OLIVER queda paralizado, con los ojos bien abiertos, meciéndose a un ritmo nervioso.

Breves minutos de silencio.

MAX entra completamente empapado. Camina con dificultad pero sus movimientos reflejan excitación y su mirada brilla con mucha intensidad.

DIANA.- Te has quitado la venda. Estás chorreando…

MAX.- Sí… chorreando… Estoy cubierto de agua. Todo mi traje lleno de agua y barro. Sin embargo, por dentro… Por dentro siento fuego. Eso es… fuego. Ardo por dentro.

DIANA.- Tu traje lleno de barro…

MAX.- Y mi teléfono… ¿Has visto mi teléfono? Se ha destrozado… Ha caído en picado por una pendiente… Traté de evitarlo… Chocó contra rocas… Corrí tras él

como pude… Me fallaban las piernas… tenía unos enormes calambres en la rodilla… Por unos instantes comencé a llorar como un niño. Grandes lágrimas caían por mi cara… Entonces… Entonces… la rabia… la ira me comió por dentro. ¿Sabes lo que hice? Cogí el maldito aparato y comencé a pegarle golpes contra el suelo. Lo aplasté contra el suelo… Una y otra vez… una y otra vez… "Maldito aparato", decía… Estaba tirado en medio de un barrizal, atizando golpes fortísimos al aparato contra las rocas… La lluvia me pegaba, el viento… El viento me zarandeaba hacia todas direcciones… Entonces… el aparato destrozado… Mi llanto unido al agua de la lluvia… y comencé a gritar… El agua se me metía por la boca… El grito se ahogaba con la lluvia y yo gritaba… ¡Ahhhhhhhhhh! Me rebocé por el barro… Subí la cara… coloqué mi cara mirando hacia el cielo. La lluvia la golpeaba con fuerza… Y entonces… Sí… De pronto… sin sentido… comencé a reír a carcajadas… reía con una fuerza inaudita… Mi risa… esparcida por el espacio. Me observé a mi mismo en medio de un barrizal, chocándome contra rocas, el agua cayéndome en la cara, mi cuerpo perdido en medio del mar… Mi cuerpo completamente perdido, a la deriva… Todo yo perdido a la deriva… Aquello a lo que siempre temí… Mi pérdida total de control… Todo yo sin control… Aquello que tanto temí y que tanto evité… Y me pongo a reír a carcajadas. Una risa… Una risa como nunca jamás había experimentado. Una risa que salía de un lugar desconocido. Completamente

inaccesible para mi mente. Una risa perdida en medio del mundo.

DIANA se acerca hasta él. Le acaricia la herida.

DIANA.- Has destrozado tu artefacto rojo…

MAX.- No sólo eso… No sólo eso… En pleno ataque de risa… No puedo explicar cómo… ocurrió… no recuerdo lo que pasó… para llegar a romper la foto… La foto de Lucas destrozada… Echa pedazos… Diminutos pedacitos que volaron por los aires, arrasados por la lluvia y el viento… La foto de Lucas y de… ella… echa pedacitos… volando por los aires.

DIANA.- ¿Has roto la foto de Lucas?

MAX.- No sé cómo ocurrió… no pude evitarlo… Un impulso extraño me llevó a hacerlo… no logro recordar la forma… la situación exacta… Tan sólo me veo a mí mismo haciendo minúsculos pedazos y tirándolos por los aires… Riendo ante la imagen de esos pedazos revoloteando por los aires… Esparcidos por el barro… Arrasados por el viento. Mi risa cada vez más grande… Una enorme carcajada que salía de un lugar oscuro… desconocido… La imagen de… una locura.

Pausa.

DIANA.- ¿Por qué una locura?

MAX.- Estar tirado en medio del barro, con la lluvia golpeándote y el viento meciéndote de un lado a otro… Y comenzar a reír… Reír a carcajadas… ¿No es una locura?

DIANA.- No.

MAX.- ¿No es una locura?

DIANA.- Qué importa eso, Max… Has reído a carcajadas… Es lo único que importa.

MAX.- Podría hacer… podría hacer un montón de locuras ahora mismo.

DIANA.- Hazlas… ¿Quién te lo impide?

MAX y DIANA quedan unos segundos mirándose intensamente. MAX comienza a acariciarle el cabello, los hombros, el rostro.

MAX.- La foto de… destrozada… ¿Sabes cuánto tiempo he invertido en su búsqueda? Mi teléfono rojo destrozado… ¿Sabes cuánto me costó el chisme? No te importa el dinero… Lo sé… Me costó muchísimo dinero. Toda mi vida ha sido un gran esfuerzo económico. Días y noches enteras haciendo números. Cuadrando porcentajes. Mi vida entera cuadrando posibilidades contrapuestas. Un crack en esas cuestiones. Eso es lo que soy. Un verdadero crack…

MAX continúa acariciando a DIANA. Ahora avanza hacia los pechos y el abdomen.

MAX.- Mi despacho… está lleno de máquinas. Haga lo que haga tengo una máquina disponible para facilitarme la tarea. Con sólo apretar un botón tengo a mi disposición toda clase de artilugios, alimentos, bebidas… toda clase de cosas. A mi disposición. Grandes contactos, conversaciones, vuelos de ida y vuelta, hoteles de lujo… He

tenido hasta piscina en la habitación del hotel. Una pequeña puerta se abría y podías introducirte en una piscina al aire libre. Una piscina para uno solo. Y luego volvías a meter la cabeza bajo la puertecita y aparecías en esa inmensa habitación con pantalla de cine…

Las manos de MAX se dirigen hacia la espalda y el culo de DIANA.

MAX.- Pero no sólo manejo máquinas… No sólo eso… Tengo a mi disposición a millones de personas… Multitud de trabajadores a mi disposición… Cuando atravieso un pasillo… Uno de esos largos pasillos plagados de trabajadores… Todos… todos… bajan la cabeza. Agachan la cabeza y cierran el pico. Si les hablo… si les hablo… repiten exactamente las mismas palabras que yo he dicho… O fingen otras que consideran apropiadas… Me lamen el culo… Me lamen el culo.

DIANA.- ¿Y eso te gusta, Max?

MAX.- Que si me gusta… ¿Tú qué crees?

DIANA.- Creo que no te gusta, Max… Creo que te repugna.

MAX.- ¿Eso crees?

DIANA.- Estoy segura.

MAX.- ¿Y por qué estás tan segura?

DIANA.- Porque… la carcajada más verdadera que has soltado en tu vida… ha sido al verte en medio de un barrizal, con la lluvia pegándote en la cara y el viento

meneándote como un trapo… Entonces, has podido reír.

MAX *acaricia el culo de* DIANA *con mayor intensidad.*

MAX.- También tengo… Mujeres… Bellas mujeres con poca ropa… todas ellas a mi disposición… Unas jovencitas llenas de ilusión… Engullo su ilusión… Me la como a pedazos. Cuando entran al despacho en grupos… Las mando llamar en grupos… luchan entre unas y otras por ceñirse la falda… alargar el escote… afinar la sonrisa… Dicen que tienen fuertes vocaciones que… finalizan en esos hoteles con piscina.

DIANA.- ¿Y eso… te gusta, Max?

MAX.- ¿Los escotes?

DIANA.- Esas jovencitas… ¿Te gustan?

MAX.- ¿Y por qué… no habrían de gustarme?

DIANA.- Porque… te has lanzado por el barro… y has estampado tu preciado artefacto rojo contra las rocas… Porque lo dejaste todo a un lado… todo a un lado para buscar a tus hermanos desaparecidos… y esa búsqueda no te ha llevado hasta un hotel con piscina individual… sino a… esparcirte por el barro.

DIANA y MAX quedan breves minutos mirándose fijamente.

MAX.- Lucas odiaba a… todas esas mujeres… Las odiaba.

DIANA.- ¿Y tú?

MAX.- Yo no las odiaba en absoluto.

DIANA.- ¿Por qué no?

MAX.- No las odiaba.

DIANA.- Las odiabas. Las despreciabas profundamente. Repugnabas a esas mujeres… En cuanto veías su cabeza caer a tu paso se te removían las tripas… Sus escotes… Sus faldas apretadas… Demasiado fingido. Al echarte en la cama… solo… cuando te quedabas solo… las odiabas. Porque decían aquello que querías oír… te llevaban la razón… Decían exactamente todo lo que querías oír… Pero tú no querías oír eso… No era eso lo que estabas buscando escuchar.

MAX.- ¿Y tú qué sabes lo que yo deseaba escuchar?

DIANA.- Estás aquí… ¿No es cierto?

MAX pega su cuerpo al de DIANA. Comienza a besarle el cuello.

MAX.- Pocas personas han dejado que les mordiera el cuello de esta manera. Les asustaban estos mordiscos. Era necesario… necesario mantener el decoro… Mantener el decoro en toda clase de situaciones… Los mordiscos no mantienen el decoro. Una de esas jovencitas… Una de esas… llegó a denunciarme a la policía… Consideró mi mordisco una muestra de sadismo. No pudo entender ese mordisco.

DIANA.- No veo nada de malo en estos mordiscos.

MAX.- ¿Te hago daño?

DIANA.- No veo nada de malo en estos mordiscos…

MAX.- Podría ser… un vampiro. Podría chuparte la sangre.

DIANA.- Quién sabe.

MAX.- ¿Y no te importaría?

DIANA.- Quién sabe.

MAX.- No… No te importaría.

DIANA.- Te partiría las piernas.

MAX.- ¿En serio?

DIANA.- No lo dudes.

Una intensa mirada. MAX comienza a desabrochar la parte de arriba del vestido de DIANA.

MAX.- ¿Y esto?

DIANA.- ¿El qué?

MAX.- ¿Esto no te importa?

DIANA.- ¿Por qué habría de importarme…?

Le acaricia los pechos.

MAX.- ¿Así que no te importa?

DIANA.- ¿Por qué habría de importarme…?

Una mirada mucho más intensa. Pocos instantes después, se dirigen a la colchoneta y se dejan caer. Se quitan la ropa uno al otro.

OLIVER comienza a mecerse a un ritmo vertiginoso, inquietante.

Fundido y silencio.

MAX está sentado en el tocador, con la mirada en el espejo. La herida del rostro ha desaparecido y ahora puede verse claramente una cicatriz que le parte en dos la mejilla derecha. Sus ojos, bien abiertos, están clavados en los que se reflejan en el espejo. Breves minutos de silencio. Su gesto se estremece paulatinamente. Al momento, DIANA aparece por su espalda, le coge por los hombros. MAX levanta la vista. Sus miradas se encuentran a través del espejo.

DIANA.- Estás palpitando… Todo tu cuerpo… tiembla.

MAX.- Me he mirado…

DIANA.- ¿Te has mirado?

MAX.- Me he mirado fijamente… fijamente. Al principio… durante unos segundos… tal vez minutos… Un largo tiempo… Me vi la cara… Me veía a mí mismo… tan… cansado… tan cansando… tan avejentado… tan vacío… De pronto… mis ojos… me fijé en los ojos… Mis ojos se clavaron en los del espejo… Entonces… vi… noqueado… dos ojos clavados en los míos… con una mirada ajena… extraña… unos ojos que expresaban el espanto de no ser reconocidos.

DIANA.- Nunca… nunca habías detenido el tiempo para mirarte. Tantas horas de un lado a otro… tantas habitaciones de hotel… tantos lujos… y no habías detenido el reloj para sentarte frente a ti mismo. Mirar esos ojos y descubrir que no te conocen… y que tú no les cono-

ces a ellos… Dos extraños frente a frente. Algo… tan básico… no conocías algo tan básico como esto.

MAX.- Cállate.

DIANA levanta la cabeza de MAX, forzándole a mantener la mirada frente al espejo.

DIANA.- Haz el favor de levantar la cabeza y mirarte en el espejo. Ahí estás… Eres tú… Si no eres capaz de asumir esta extrañeza… si no eres capaz de comprender esta imposibilidad… ¿qué es lo que quieres encontrar? No encontrarás nada.

MAX.- Déjame… Por favor… Déjame.

DIANA.- Eres tú… No sabrás nada más que esto. Acepta esta extrañeza. Esta incapacidad.

MAX mantiene la mirada con resignación. Se encuentra con sus propios ojos y con los de DIANA. Breves minutos de silencio.

DIANA.- ¿Te das cuenta? Tantas perspectivas… Tantas perspectivas que se niegan unas a otras… Se atraen y se repelen… Se buscan… se rechazan… se encuentran… se distancian…

MAX.- ¿Quién es él?

DIANA.- ¿Él?

MAX.- El que me mira.

DIANA.- ¿Tu imagen?

MAX.- Exacto… Mi imagen… Mi reflejo… ¡No lo reconozco!

DIANA.- No trates de entenderlo… No puedes entenderlo… no puedes dominarlo… no puedes agarrarlo con tus manos…

MAX.- ¿Cómo no voy a tratar de entenderlo? Te digo que no reconozco mi propia imagen.

DIANA.- En el instante en que lo conviertes en algo, lo has perdido.

Pausa.

MAX.- Ellos… ¿Quién son ellos?

DIANA.- ¿Ellos?

MAX.- Exacto… ellos… Mi reflejo y el tuyo… se miran… no los reconozco.

DIANA.- No son nada, Max… No son nada.

MAX se incorpora alterado. Mira con dureza a DIANA.

MAX.- ¿Realmente era necesario?

DIANA.- No era necesario.

MAX.- ¿Y por qué… para qué me has hecho esto?

DIANA.- ¿Qué he hecho?

OLIVER desciende las escaleras.

OLIVER.- Listo.

DIANA.- De acuerdo.

OLIVER.- ¿Algo más? Todavía tengo que recoger algunas cosas… tengo todo amontonado… he perdido mi bolsa.

DIANA.- Quizá Max pueda prestarte la maleta.

MAX.- ¿La maleta?

DIANA.- ¿Podrías?

MAX.- La maleta… ¿para qué quieres la maleta?

OLIVER.- Todavía… no he calculado… cuántas cosas me llevaré… estoy tratando de hacerme a la idea.

MAX.- ¿Te llevarás?

Silencio.

OLIVER.- He estado preparándote una habitación… Max. Tienes una habitación preparada.

MAX.- ¿Una habitación?

OLIVER.- Una habitación preparada para ti. Una cama amplia… mesa con lámpara… un armario donde colocar tus… estupendos trajes…

MAX.- ¿Una habitación para mí? ¿Qué significa todo esto?

DIANA.- ¿No querías una habitación?

MAX.- Están… inhabilitadas.

DIANA.- Te hemos preparado una habitación… Oliver ha estado toda la noche preparándote una habitación.

OLIVER.- Es amplia… Una gran ventana con vistas al mar… una ventana enorme con vistas a la infinidad del mar.

MAX.- Estaban inhabilitadas… ¿no es cierto?

OLIVER.- Te he preparado una.

Silencio.

DIANA.- ¿La cena?

OLIVER.- Está a punto.

DIANA.- ¿Has preparado lo mismo?

OLIVER.- Lo mismo…

MAX.- Un momento… ¿Qué significa todo esto?

DIANA.- Oliver ha preparado una cena especial.

MAX.- Una cena especial… ¿Por qué?

OLIVER.- Te va a gustar, Max.

MAX.- ¿Qué significa todo esto?

Silencio.

DIANA.- ¿Le dejarás la maleta?

MAX.- La maleta… ¿para qué?

OLIVER.- No es necesario…

MAX.- ¿Quieres la maleta?

DIANA.- Te ha pedido la maleta.

MAX.- ¿Para qué?

Silencio.

DIANA.- Oliver se va.

MAX.- ¿Se va?

DIANA.- Se va.

MAX.- ¿A dónde?

DIANA.- Debe irse…

MAX.- ¿A dónde?

OLIVER.- No lo sé.

MAX.- ¿No lo sabes?

OLIVER.- No.

Silencio.

MAX.- ¿Cómo que no lo sabes?

DIANA.- Ya le has oído… No lo sabe.

MAX.- ¿Vas a salir de esta isla?

OLIVER.- No lo sé.

MAX.- ¿No lo sabes…?

OLIVER.- No lo sé.

MAX.- ¿Cómo que no lo sabes?

OLIVER.- No lo sé.

Pausa.

MAX.- Necesito saber si vas a salir de esta isla.

DIANA.- ¿Por qué? ¿Para qué?

MAX.- ¿Para… qué?

DIANA.- ¿Quieres irte?

MAX.-Ya estoy recuperado.

Pausa.

DIANA.- Así que… te vas.

MAX.- Ya estoy… recuperado.

MAX y DIANA se miran fijamente.

DIANA.- ¿Te vas?

MAX.- No estoy seguro… de… el temporal todavía no ha parado.

DIANA.- Pero… ¿te vas?

MAX.- El temporal todavía no ha parado.

Pausa.

OLIVER.- No puedes venir conmigo, Max…

MAX.- No puedo… ir contigo…

OLIVER.- No puedes.

Pausa.

OLIVER.- Te he preparado una habitación… Una habitación enorme… Llena de luz… Con un armario para tus estupendos trajes… y tus bombachos… ¿No te ale-

gras? Ya no tendrás que dormir en esa asquerosa colchoneta…

Pausa.

MAX.- La habitación… ¿tiene cama?

OLIVER.- Un colchón enorme… Un colchón de los de verdad… Enorme. Podrás retozar a tus anchas.

MAX.- ¿Un colchón en el suelo o con somier?

OLIVER.- Con somier… Por supuesto… Una cama enorme con somier.

Pausa.

MAX.- Gracias… Oliver.

Pausa.

OLIVER comienza a subir la escalera.

MAX.- Te dejaré la maleta.

OLIVER.- No hace… falta.

DIANA.- Gracias, Max. ¿Has oído? Te dejará la maleta.

OLIVER.- Gracias, Max.

OLIVER continúa subiendo escalones.

MAX.- También te dejaré los bombachos… y los trajes… te dejaré el sombrero… Los trajes, los bombachos y el sombrero.

OLIVER.- ¿Los bombachos?

MAX.- Los bombachos.

OLIVER se gira y queda parado en lo alto de la escalera. MAX se acerca lentamente hasta que finalmente también se detiene. Sus miradas se funden ante una extraña y sutil sensación de reconocimiento. La luz se intensifica unos instantes.

OLIVER.- Gracias, Max

Silencio.

MAX.- ¿Eres tú…?

OLIVER.- ¿Yo…?

MAX.- No puedo creerlo…

Pausa.

OLIVER.- Debo irme.

Pausa.

MAX.- Espera… espera…

OLIVER.- Debo irme. *(Silencio)* Gracias, Max.

OLIVER sale. MAX queda paralizado, con los ojos bien abiertos, perdidos. DIANA le coge suavemente por la cintura. Pausa. La intensidad de la luz baja progresivamente.

DIANA.- ¿Estás preparado?

MAX.- ¿Preparado…?

DIANA.- Tu búsqueda… ¿estás preparado?

MAX.- Era él…

DIANA.- Tu búsqueda.

MAX.- Mi búsqueda…

Pausa.

DIANA.- Ven… colócate aquí.

MAX se sienta en la mecedora, todavía paralizado, con los ojos bien abiertos, perdidos.. DIANA comienza a abrir el biombo. Veinte hojas de espejos.

Fundido y silencio.

De nuevo vuelve la luz. MAX, en la mecedora, frente al biombo, da la espalda a los espectadores. Su imagen se multiplica por el espacio. La luz se intensifica durante unos segundos.

Breves minutos de silencio.

Progresivamente se va haciendo el OSCURO.
Se escucha el sonido oxidado de la mecedora.

Títulos publicados

1

Bésame macho, de Pedro Manuel Víllora

Premio de Teatro Calderón de la Barca 2000

2

Ilusiones rotas, de Fernando Travesí Sanz

Premio de Teatro Calderón de la Barca 2001

3

El infierno que cruzas es tu cielo,
de David Martínez Vallejo

Premio de Teatro Calderón de la Barca 2002

4

Lo más humano posible, de David Abia

Premio de Teatro Calderón de la Barca 2003

5

El sonido de tu boca, de Inmaculada Alvear

Premio de Teatro Calderón de la Barca 2004

6

Sueños de arena, de Antonio Rojano

Premio de Teatro Calderón de la Barca 2005

7

La chica junto al flexo, de Víctor Iriarte

Premio de Teatro Calderón de la Barca 2006

8

Dentro de la tierra, de Paco Bezerra

Premio de Teatro Calderón de la Barca 2007

9

Que no quede ni un solo adolescente en pie,
de Emiliano Pastor Steinmeyer

Premio de Teatro Calderón de la Barca 2008

Foto de cubierta:
Alex Vargas García
colorblindeyes.com

VAGAMUNDOS
obtuvo el
Premio de Teatro
Calderón de la Barca 2009

El jurado estuvo compuesto por:
Félix PALOMERO
Director General del INAEM,
Cristina SANTOLARIA
Subdirectora General de Teatro del INAEM,
Salva BOLTA,
Santiago MARTÍN BERMÚDEZ,
Gracia MORALES,
Borja ORTIZ DE GONDRA
y Magdalena PUYO.

Una isla inhóspita que no alcanza los diez kilómetros. Su anverso es mítico y la sitúa fuera del intercambio mercantil entre los hombres: sus habitantes desprecian el dinero, los aparatos eléctricos no funcionan, las comunicaciones están cortadas. Hay tempestad y los barcos no atracan… ¿Atracaron alguna vez? Nadie reconoce a nadie. Las identidades son cada vez más dudosas, las rocas tienen vida propia y aterrorizan con sus silbidos…

Las resonancias se desvanecen y se multiplican, como le sucede a Max, protagonista poliédrico, ajetreado triunfador contemporáneo, recién llegado a la isla en la búsqueda desesperada por encontrar a su hermano desaparecido. Y cuyo viaje no le conduce sino a reconstruir una verdad cada vez más alejada y difícil de descubrir.

Con *Vagamundos*, Blanca Doménech invita al lector-espectador a realizar su propio viaje dentro de un texto y con unos personajes convertidos en enigma.

Centro de Documentación Teatral

GOBIERNO DE ESPAÑA · MINISTERIO DE CULTURA · INSTITUTO NACIONAL DE LAS ARTES ESCÉNICAS Y DE LA MÚSICA

2010.es